LOS CRIOCÁTODOS

Maximiliano Retamozo

Para Mira, hermana del alma

La tortuga, de nombre Gubbia, había sido dejada en una caja, igual que un expósito, en la puerta de la librería. Alguien que de seguro conocía, al menos de vista, a Stanislas Zemegis, había confiado lo suficiente en él para dejarla a su cuidado. Sabría de alguna forma que él no sería capaz de desecharla. Como mucho, si no pudiera hacerse cargo del animal, lo llevaría a un refugio de mascotas. Y si no lo hizo es porque no tenía idea de donde había uno. Zemegis había pasado de una vida errante de puerto en puerto como despachante de equipaje en cruceros transatlánticos, a la quietud y soledad de la librería que abrió en Petralona. Soledad interrumpida por algunos visitantes ávidos de rarezas e incunables. Casi no vendía ningún ejemplar de reciente edición, salvo los que le traían escritores y poetas autopublicados. A estos les pagaba una importante suma, aun más de lo que pudiera resultar de la venta del libro, con la intención de ayudarles a continuar sus carreras independientes, con ese estímulo monetario o moral. En fin, mas ganaba con la venta ocasional de un libro específico o de colecciones buscadas por los cazadores de tesoros, o por simples curiosos, como Lamprini Gardaki.

La muchacha aprovechaba la ocasión que le presentaba el dueño de la librería, ofreciéndose a ordenar y limpiar el espacio que ocuparía el nuevo hogar de Gubbia, para hurgar entre los estantes y cajas, húmedos y empolvados, de la esquina más recóndita del local.

- Cuando termines podrías ir a comprar algo de lechuga. Creo que eso es lo que más comen – dijo Stanislas acomodándose los lentes mientras atornillaba una manilla de un cajón, que se había salido al intentar abrirlo con desmedida fuerza. Los libros apilados en el interior oponían resistencia y al tirar hacia afuera varios de ellos salieron volando, chocando incluso contra el estante opuesto y derribando a uno o dos de sus pares. Lamprini casi se tropezó con un grueso tomo de encuadernación agrietada en color negro brillante y letras originalmente doradas pero que habían tomado un color ambar oscuro. En este se leía “Circuitos de radio UHF – Transcriptor P.O.T.R.A 110”
- Crees que habrá que proveerle de bichos o algo así? O dejamos que ella los busque? Es una hembra, verdad? - preguntó el corpulento y calvo librero, tanteando la licorera que llevaba

en el cinturón. A los visitantes les llamaba la atención este detalle en su vestimenta, pero nadie le preguntaba nada acerca de ello. Suponían que un consumidor desvergonzado de alcohol debía ser además una persona de carácter impredecible y acaso una tendencia a la agresión. Con todo, jamás había tenido problemas con la ley ni se había oído mas queja que la suya propia en cuanto a la pesadez de sus piernas y la rapidez con la que se cansaba, teniendo que sentarse en la vieja silla de oficina luego de diez minutos de ejercicio continuo. A veces atendía a los clientes sentado en aquel desvencijado pero cómodo asiento, disculpándose de antemano por su falta de energía. "No es mi día, para nada" solía decir.

- Me has oído? O te estas comiendo a la tortuga? - dijo sabiendo lo ilógico y poco gracioso de sus palabras, cosa que no le importaba pues lo importante era obtener una respuesta.
- Eh, si, si! - se apresuró a decir Lamprini, una joven de dieciséis años, bastante alta para su edad, con la fisonomía de una corredora de larga distancia, muy delgada, pero también enérgica y despierta. Tenía ojos verdes y el cabello entre rojizo y castaño oscuro. En ese momento llevaba una parte del pelo, en el centro, sujeta con una cinta de goma de color violeta, y el resto cayendo libremente sobre sus hombros, sobre la chaqueta de pana a cuadros grises y azules. Los pantalones eran ajustados, de género azul marino, y el calzado, mocasines de cuerina, blancos.
- Y bien?
- Ah, sobre los insectos! Claro... mira, yo tengo instalada en el jardín de mi casa una de estas trampas eléctricas. Normalmente a las polillas o moscardones los examino y después los tiro. Pero puedo guardarlos! Si son muy grandes, podría cortarlos en trozos. Y tú podrías poner lo mismo aquí. Claro, debes recordar no tocarlo cuando está encendido!

Lamprini se avergonzó inmediatamente de lo dicho (no podría decirse que le tomaba el pelo porque Stanislas no lo tenía, y esto constituiría una ofensa aún mas grande). Pero él no le daba demasiada importancia. Y era por esto por lo que a ella le gustaba pasar las tardes, después de la escuela, en aquel reducto. Podía parlotear a su antojo o guardar silencio como si fuera invisible o no estuviera allí. Al dueño de la librería le daba lo mismo aunque apreciaba por supuesto a una amante de las ciencias y el conocimiento de dudoso uso práctico.

- Cuánto cuesta éste? - preguntó Lamprini poniendo sobre la mesa el voluminoso libro. Stanislas lo tomó con una sola mano y lo revisó por fuera.
- Te lo regalo si me traes algo de desayunar mañana.
- La verdad es que dinero no tengo... pero puedo inventar algo. No me gusta mucho cocinar, pero por un amigo... puedo intentarlo.

Zemegis asintió sin variar de expresión y le devolvió el volumen que ella guardó en su morral.

- Pero no te vayas aún. - agregó él sacando de una cajita metálica unas monedas. - Debemos

alimentar a nuestra nueva amiga.

Aquiles la estaba esperando. Ella pasaba por el frente del minimercado todos los días casi a la misma hora. Se peinó la cabellera con la mano, en caso de que Lamprini se dignara a mirarle, lo que no ocurría muy seguido. Ella le conocía ya y le ignoraba. Solo alguna que otra vez sus ojos se detenían, no en él, sino en los carteles de "oferta" escritos con prolija caligrafía. Estos no los diseñaba él, sino Ximena, la cajera, una muchacha de veintitres años con un piercing en la nariz. Pero si su admirada preguntara... a Ximena no le molestaría que él se arrogara el crédito por aquella obra de arte.

- Ah, amor de mi vida! Cuándo te enterarás de mi existencia, y de lo que siento por ti? - dijo con voz teatral.
- Será cuando te atrevas a decírselo, gallina. - le respondió Ximena, quien estaba limpiando con una escoba el área que rodeaba su asiento.
- Si, si, decirle todo de una vez y que me tome por un loco, o un degenerado. Y perderla para siempre. Que buena idea la tuya!
- Qué pierdes, si no has tenido nada? No te conoce, así que da lo mismo. Al menos odiándote, no se olvidará de ti. Lo que es yo, aunque quiera no podré olvidarme del zopenco que eres.
- Gracias, gracias por tu apoyo, de verdad! -. dijo Aquiles en tono sarcástico. - Me tengo mas fe que nunca. Pero... espera... viene hacia acá!
- Rápido, ve a tomar su abrigo entonces! Ábrele la puerta y haz una reverencia.
- Qué ridícula eres. Si al menos pudiera contar contigo para...

Al mismo tiempo que Lamprini se dirigia a la puerta del local, también lo hacía la dueña del mismo, la señora Chrisanti Gamalidou, una mujer de cincuenta años de edad de gran porte, cabello ondulado y largo y una permanente acritud en su expresión. Era temida por esto y por su proverbial fuerza física. Les estaba mirando desde el volante de su camioneta, una Ford F-150, con la que ella misma iba a buscar animales para su criadero de cerdos, y los llevaba a sus clientes cuando los vendía.

La señora Gamalidou redujo la velocidad de sus pasos al ver que la jovencita se encaminaba hacia dentro. Consciente de su propia fisonomía, sabía que las dos al mismo tiempo no cabrían por la puerta. Y la clienta, por supuesto, tenía prioridad, siempre. Ella, dos pasos mas atrás, igualmente vigilaba sus movimientos. Le parecía lamentable la cantidad de especialistas del hurto que habían surgido en los últimos tiempos. Aún comprendiendo que la economía del país estaba siempre al

borde del colapso y que la situación de muchas personas era, por decir lo menos, complicada, debía ser inflexible frente a estas malas prácticas. Que fueran a robar a los grandes emporios, o al mercado, se decía. Enfrentándose a guardias profesionales o a ancianos gruñones sin nada que perder, dispuestos a todo por proteger sus mercancías, las que por otra parte ofrecían con generosidad a quien quisiera degustarlas. Ella podría repeler incluso a dos al mismo tiempo, pero no siempre estaba presente en el local, y el personal con el que contaba no era el mas calificado. Además de Ximena y Aquiles, había contratado a una pareja de hermanos de origen búlgaro, Natasha y Fiódor, que trabajaban reponiendo los artículos en los estantes y descartando aquellos que no servían por estar dañado el embalaje o pasada la fecha de vencimiento. La señora Gamalidou les cedía algunos de los elementos de la primera categoría, mientras que se fijaba de que los segundos fueran entregados a un vecino que se encargaba de destruirlos por medio del fuego, en el horno industrial que poseía en lo que había sido una panadería y ahora se dedicaba a aquello, a la reducción clandestina de basura y su posterior depósito en el vertedero, bajo la guisa de material de construcción. Los hermanos búlgaros le tenían a este sujeto más miedo que a la señora Gamalidou, que dentro de todo se comportaba decentemente con ellos pero ya los había amenazado con entregarlos a aquel rufián para servirle de esclavos.

Lamprini le sonrió a Natasha al pasar a su lado en el sector de las conservas. La muchacha pecosa y con el estómago algo ensanchado por la buena comida y el lúpulo estaba colocando en la parte inferior de la góndola una trampa con veneno para ratones, cuidando de que estuviera oculta a la vista y a la vez fija entre la placa inferior de la estantería y el suelo, de forma que no se moviera ni siquiera por los espasmos del roedor intoxicado. Lamprini sentía algo parecido a la compasión pero por otro lado, pensaba que la joven eslava no desearía ser vista como una pobre alma desolada. Por lo que sabía, en este sentido sus vecinos del norte eran tan orgullosos como corresponde a personas que se han criado, no se podría decir en la pobreza pero sí estimulados a desarrollar sus habilidades de supervivencia.

Las verduras que buscaba la muchacha estaban algo más atrás en una estantería hecha de cajones de madera, lo que le daba un toque rústico a esa esquina, parecida a cualquier puesto de mercado rural. El barniz que las cubría sí era un elemento que sería desconocido para los campesinos netos pero servía como antiséptico, evitándose así la necesidad de reemplazar los listones que estuvieran húmedos o peor aún, enmohecidos. El balance entre autenticidad e higiene era lo que la señora Gamalidou, de quien había sido la idea, quería mantener, y Fiódor estaba a cargo de esto así como del mantenimiento de las instalaciones eléctricas. Algo había aprendido de su padre y el resto de los “shocks” que le habían sobrevenido cuando tocó el cable indebido o no desconectó la máquina de turno de la fuente de energía. Se cuidaba de esto más por su hermana que por sí mismo. Aún en el poco tiempo que pasaba Natasha en el exterior ya se había granjeado algunos admiradores, todos

indeseables, y era la prerrogativa de Fiódor defenderla de aquellos gandules y ponerlos de vuelta en su lado de la calle. Ni siquiera dejaba que Aquiles se acercara demasiado a ella. Aunque el corazón de Aquiles ya tenía dueña y poco se interesaba por la búlgara mas que en un espíritu de camaradería laboral.

Las lechugas estaban en buen estado, pero Lamprini no pudo ignorar el olor rancio que provenía del mismo sector. Estiró las manos hacia el final de un cajón y sintió una textura viscosa y desagradable. Lo que sea que ella hubiera tocado, al apretarlo liberó aùn màs hedor. Iba a darse la vuelta para preguntar, quizás a la joven eslava o talvez a la cajera, acerca de un lugar donde poder lavarse la mano pegoteada y hedionda, cuando percibió a su lado la augusta presencia de Chrisanti Gamalidou.

- Dejame ver eso – solicitó la dueña del local con un tono de sincera preocupación. Tomó con delicadeza la mano de Lamprini y se la llevó a la propia nariz como un galán que corteja a su enamorada. - Berenjenas – dijo. - Espere un momento.

Se dirigió la señora Gamalidou hacia donde estaba la muchacha búlgara y le inquirió al oído, pero de una forma que la hizo estremecerse, acerca del paradero de su hermano. Natasha señaló hacia uno de los extremos del local en el que una cortina de plástico conectaba la sala de ventas con el depósito, y balbuceó unas palabras en su idioma natal, el que al parecer la corpulenta dama conocía, pues escuchó con atención y respondió, también en voz inusualmente baja, poniendo uno de sus dedos sobre el hombro de la joven. Luego fue a buscar a Aquiles, quien bajando la cabeza, una vez compelido a ello, fue al sector de las hortalizas, pasando a menos de un metro de distancia de Lamprini mirándola solo fugazmente cuando ya estaba ésta a sus espaldas.

- Disculpe usted, señorita – dijo la dueña del establecimiento. - Pase usted por favor a mi oficina. Allí podrá limpiarse las manos. Venga.

Y se puso ella misma en camino hacia un extremo en el que había una puerta corrediza con el marco inserto en la pared, pintado todo del mismo color, lo que lo hacía prácticamente invisible a no ser por una manija de acero forjado con puntas en forma de tréboles.

Detrás se ocultaba una escalera de madera que llevaba hasta el piso de arriba, a un despacho con ventanas desde las que se podía ver todo el mercado desde atrás hacia delante. A Lamprini no se le habría ocurrido levantar la vista hacia aquel lugar, justo encima del sector de los artículos de limpieza.

La señora Gamalidou llevaba una gruesa carpeta que dejó caer en una mesilla de madera barnizada, debajo de lo que parecía ser un escudo de armas enmarcado en la pared de color marfil. Lamprini aún llevaba en la mano el libro que había adquirido, y lo dejó al lado de un cúmulo de papeles, en el escritorio de roble frente al cual se alzaba una impresionante biblioteca, no muy amplia en espacio

pero sobrecargada de libros. La dueña del supermercado encendió la luz de la lámpara de cuatro focos; evidentemente era una mujer de gustos clásicos. Las sombras de ambas se dibujaron sobre la alfombra de color broncíneo.

- Aquí está el lavabo – dijo la anfitriona – Usa la toalla que está ahí; yo la cambiaré después.

Lamprini no tenía ninguna prisa. Su madre no llegaba hasta las 19 horas, y en cuanto a Ilaria y Filipos, su hermana mayor y hermano menor, ellos se bastaban solos. Ilaria se había graduado de la Academia de Danza Contemporánea, y mientras no fuera contratada por algún espectáculo o agrupación con las que iba a veces de gira por el país, pasaba el tiempo en casa, donde era requerida para alimentar y vestir al pequeño de cuatro años. Sus padres estaban separados de hecho, y él vivía en Trikala, donde trabajaba como supervisor de una factoría de cigarros.

Cuando intentó abrir la puerta, con la mano aún húmeda, pensó que ésta se había trabado en el marco. Pero dos intentos más la convencieron de que había sido cerrada por fuera.

Oyó el sonido del auricular del teléfono cuando la señora Gamalidou terminaba de realizar una llamada. Y luego la voz de esta preguntando con un tono de irónica curiosidad:

- Este libro... dónde lo ha conseguido?

Lamprini estaba demasiado preocupada tratando de abrir la puerta, cuya manecilla había sido bloqueada al punto de no poder siquiera moverla.

- De dónde es usted?

A qué se refería con “de donde”, y porqué no se lo preguntaba de frente, en su cara? Cual era la necesidad de aprisionarla en el sanitario?

Sintió un ligero golpe en la puerta.

- Si me deja salir, se lo puedo explicar – murmuró Lamprini pegada a la puerta. Intentaba parecer segura de sí misma, pero por dentro estaba aterrada.

Se corrió una especie de cerrojo, y al entreabrirse la puerta el cañón de una pistola se asomó apuntando hacia Lamprini, quien se echó instintivamente hacia atrás.

La actitud de Chrisanti Gamalidou era aún la de alguien que se excusa por su proceder y procura no ofender a su interlocutora, aún cuando el arma en su mano le hacía tomar pleno control de la situación.

- Conversemos aquí afuera, si es posible – dijo mientras ponía el cañón a la altura de la cabeza de la muchacha. Con un gesto de la mano la invitó a caminar por delante de ella. Al salir vio el libro abierto, en una página que había estado doblada sobre sí misma y ahora estaba extendida. Era una página de texto, no un diagrama como los que podían hallarse en otras páginas del volumen. Notó además que la señora Gamalidou había cubierto el ventanal que daba hacia fuera con una doble pantalla, que se elevaba desde el suelo.
- Disculpe usted, señora – dijo Lamprini – pero si es el libro lo que quiere, puedo vendérselo.

No hay necesidad de...

- De qué? - preguntó con fingida inocencia la mujer que apretaba la pequeña pistola contra su regazo, estando ella apoyada contra el escritorio. Lamprini pudo apreciar algunas heridas en sus piernas. Podrían haberse confundido con várices, pero estas eran de otro tipo, provocadas por una tercera persona.
- Solo digo, que si le interesa el libro, se lo dejo. Se lo regalo, pero no es necesario que me trate de esta manera.
- De qué manera? - volvió a inquirir Chrisanti Gamalidou haciéndose la desentendida. Oyó el ruido de un automóvil en la entrada.
- Maldición – murmuró – le dije, "por la puerta de atrás". Tomó esta vez el intercomunicador y se dirigió a la cajera, a la que veía por un pequeño monitor. - Es la Agencia de Impuestos? Dónde está Fiodor? Dile que lo haga pasar. Ustedes trabajen, que para eso se les paga – rezongó. En este punto pensó Lamprini que no había visto mucha actividad en el supermercado. O sería debido a la hora?
- Mi estimada amiga – dijo ahora cambiando el tono a uno de mayor seguridad, como correspondería a alguien que secuestra a otra persona – no puedo evitar sentir curiosidad. Que interés puede tener una jovencita como usted en un libro tan... aburrido como éste? Porqué lo elegiría entre tantas cosas mas interesantes que hay para leer?

Si era una prueba, Lamprini no tenía idea de cuál sería la respuesta correcta, o más satisfactoria. Decidió enfrentarlo con la verdad.

- Tengo este... hobby, si se puede llamar así, que es soldar circuitos. Armar placas, reparar electrodomésticos, cuando sé como hacerlo. Pero principalmente... por tonto que parezca, quemar estaño, cortar cables, colocar transistores... eso!
- Qué edad tienes? 16, 17? Hace cuanto estas en eso? - preguntó la señora Gamalidou, que no esperaba aquella explicación tan cándida. Si la muchacha que tenía enfrente era un prodigio de la informática, podría haber expresado mas orgullo acerca de ello.
- Bueno, así como en serio... desde los 12, desde que me compré los primeros instrumentos pero... a los 6, 7 empecé a aprender, con mi padre y luego, bueno...
- Bueno, bueno – dijo la señora Gamalidou imitándola – y tu padre, vive? En qué trabaja él?
- Es fabricante, o sea, dirige una fábrica de cigarrillos... pero aprendió sobre electricidad en el Ejército.
- Cigarrillos... Ejército! - dijo mientras hojeaba el libro, que tenía otras dos páginas desplegables. Al parecer buscaba una más, pero o no existía o había sido arrancada. En ese momento se oyeron pasos en la escalera.

Un hombre de unos cuarenta años, con el cabello peinado hacia un lado y una pequeña barba en el mentón puntiagudo apareció en la puerta. Llevaba pantalones negros de tela y una camisa de color celeste bajo un chaleco fino de lana blanca con lineas verticales en verde.

- Karsas, mira esto – dijo la señora Gamalidou al sujeto invitándole a acercarse al escritorio. Este miró de reojo a Lamprini con indisimulado enojo. Parecía molesto por el hecho de que le hicieran acudir a aquel lugar. - Se supone que son cuatro, verdad? - agregó contando con la mano y pronunciando sendos nombres que Lamprini no había oído jamás en su corta vida. Conocía la geografía del país, al menos de lo que había estudiado en la escuela pero... aquellos no parecían nombres de ciudades.
- Este es? POTRA? - preguntó el tal Krasas con una extraña dicción, sin abrir mucho la boca. Lamprini vio que tenía la mandíbula hinchada por un lado, lo que le daba un aspecto aún mas grotesco. Su cara angulosa portaba aquel bulto antes de terminar en esa fea extensión de su boca. Sus manos callosas y pálidas también parecían injertos, prótesis mas que extremidades naturales.
- Parece que no sabe nada... de esto – dijo Chrisanti señalando a la joven que permanecía sentada, resignada a no poder salir de aquel despacho. Por un instante pensaba en Gubbia y en la lechuga (que por cierto aùn no había pagado) y aquello trajo a su cabeza la imagen de Stanislas Zemegis. Y si iban a por él también?
- Nada?
- Nada sobre... POTRA, pero por otra parte... - agregó girándose hacia Lamprini y extendiendo sus manos hacia el asiento, para aferrarla de los hombros – nos puede ser bastante útil, dado que... parece ser una niña muy talentosa.

Krasas, detrás de ella, murmuró unas palabras que Lamprini, a causa del estrés o del tono acuoso de su voz, no pudo oír.

- Debes tener hambre. Voy a pedirle a Natasha que cocine algo. No estas apurada, cierto, querida?

La pregunta era improcedente, pero Lamprini igualmente sacudió la cabeza, atemorizada por la cercanía de su rostro con el de la fornida mujer. Krasas la observaba desde atrás del escritorio, con la mano izquierda en el mentón mientras la otra sostenía un cuadernillo que había sacado de entre sus ropas.

Sus dos captores se sumieron en una discusión en voz baja, acerca de eventos que parecian ser de suma urgencia. Lamprini llegó a creer que se habían olvidado de que estaba allí. Y comenzó a sentirse adormilada. Bien podría haber echado una siesta allí sentada mientras esta pareja decidía qué hacer con ella.

El contacto de una mano en su hombro la hizo volver en sí, de sus pensamientos relativos a lo que

había dejado sin hacer en casa, a sus hermanos y a lo que habrían de cenar esa noche... si es que ella regresaba a su hogar.

Natasha tenía los ojos puestos sobre ella, y sin decir nada la tomó del brazo invitándola a levantarse. Mientras recorrían un estrecho corredor que conectaba con la cocina, Lamprini se preguntó si podría convencer por algún medio a la joven búlgara para que la ayudase a escapar. Otra forma de lograrlo implicaría una agresión física. La idea misma era repulsiva pero, por otro lado, porqué entregarse a un destino incierto, como una dócil oveja, cuando podía hacer algo para evitar lo que sea que le fuera a suceder?

El muchacho que había visto en la entrada del negocio, no la ayudaría acaso, prendado como parecía estar de ella? O el también buscarìa beneficiarse de su eventual cautiverio? No podía saber qué clase de ideas rondarían en su cabeza.

Mientras el olor a cebolla frita y a carne vacuna en agua hirviendo llegaba hasta su nariz, antes de cruzar la puerta grasienta y despintada del refectorio ubicado al mismo nivel que el despacho de la señora Gamalidou, Lamprini enumeraba a cada uno de los miembros de esa organización y descartaba uno por uno a los que sabía que no estarían dispuestos a oponerse a los deseos de su jefa ni a mirar hacia otro lado mientras ella escapaba. Ellos no sabían donde vivía, pero el librarse hoy de aquella situación significaba que no podría volver a pasar por esta calle ni ninguna aledaña,a riesgo de ser abducida nuevamente.

Lo harían? No podrían dejarla en paz ya que ella les había traído lo que ellos estaban buscando? Había oído lo que esa mujer dijo. Y o bien creían que ella sabía más de lo que decía, por ejemplo, dónde estaba la página faltante, o pensaban utilizarla para llegar hasta ella. Buen lío en el que se había metido!

Natasha ya había puesto la mesa con tres platos y los correspondientes cubiertos. En qué momento le habían avisado que comería con ellos? Lamprini no recordaba haberlo oído. Y el tal Fiodor, donde estaba? No se compadecería él de ella? O se comportaría aún peor? En un hombre, quien fuera, no se podría confiar. Todos son culpables hasta que se demuestre lo contrario.

La joven eslava se llevó un trozo de pan integral a la boca, y sonrió mostrando los dientes. Lamprini supuso que su intención era demostrar que el pan estaba especialmente sabroso. Tomó un pequeño trozo y al llevárselo a la boca sintió un gusto amargo, como no es nada común en el pan. Mas levadura que otra cosa. Natasha entonces soltó una pueril carcajada.

Después de la cena (ya se había hecho de noche) la escoltaron hacia la entrada Natasha y Fiodor. Este era un chico con poco cabello y mejillas infladas y rojizas, que llevaba un sueter debajo de una jardinera de denim, y unas botas que parecían de montar a caballo. Sus manos ajadas y lampiñas parecían haber estado en lugares bastante peligrosos, y entre la muñeca y el antebrazo vio Lamprini que tenía un pequeño tatuaje, de dos centimetros por lado, de un ganso en actitud de ataque. Al ver a la invitada la saludó con la cordialidad propia de alguien a quien se conoce hace tiempo. Intercambiaba comentarios en su idioma natal con su hermana, a los que esta apenas respondía con mas de una palabra, con breves narraciones cuyo propósito era entretener a Lamprini. No hizo preguntas, como si no fuera necesario hacerlas. Como si él ya supiese toda la vida y obra de ella.
Con algunas lagunas, Lamprini se enteró de la de él, que giraba en torno a aquel recinto en su totalidad, contando el techo, el subsuelo, la parte trasera en la que se encontraban, y el callejón lateral. Era todo aquello lo que existía para él? Y era realmente un negocio establecido según las leyes,o una fachada para las actividades privadas de la todopoderosa Chrisanti Gamalidou? Se había quedado con estas preguntas en la punta de la lengua, pues no sabía si ellos repetirían lo que ella dijera, o si la obligarían a callar, de plano, temerosos de ser escuchados por su empleadora.

Al salir por el pasaje contiguo al mercado la despidieron, Fiodor con una efusiva palmada en el hombro y un “gusto de haberte visto” y Natasha con una tímida sonrisa y un bocadillo para el camino. Este era como un panqueque pero en el que una lámina de hojaldre se alternaba con el relleno de espinaca y queso formando un doble espiral. “Si me obsequian con esto” pensó Lamprini, “no lo malgastarán disparándome luego por la espalda”. Mas no por eso dejó de mirar sobre el hombro, mientras caminaba y cuando tomó el autobús.

Al entrar en su casa recién se sintió segura, incluso ante la embestida de Filipos. Llevaba todas sus pertenencias consigo, incluída la lechuga. Apareció también una lata de tomates en conserva que no recordaba haber puesto en su bolsa... ni haber pagado tampoco.

- Qué horas son estas? - le reprochó su madre, mirándola de arriba abajo -. Se te perdió la casa?
- Oh, no, es que tuve mucho que hacer después de la escuela, ya sabes, investigación, en la biblioteca.
- La biblioteca... bien, mientras no hayas traído mas cables ni de esas cosas raras tuyas. Que ya me da miedo de que estés robando de un poste o algo así.
- Mamá... es reciclaje. Ellos descartan, y yo lo reutilizo.
- Sí, claro. Y esta casa se convierte en un vertedero. - rezongó secándose las manos con un paño. La cena ya se había servido y comido, y a falta de la persona que estaba de turno,a

saber, Lamprini, su madre había fregado los platos, jurándose que se lo cobraría.

Era una de esas madres que no se permiten admitir que están orgullosas de sus hijos, por no promover sus excentricidades. “Mientras no haya un chico de por medio, con el que esté jugando a Bonnie y Clyde”, pensaba. Ella había sido una jovencita correcta y sumisa, a sus padres y luego a su marido. Y qué había sacado con ello? Desde luego esperaba algo diferente y mejor para sus hijas.

La mayor ya tenía novio, y debía estar permanentemente con un ojo encima para evitar cualquier desliz. Había accedido a que se lo presentaran. Georgos, se llamaba? No lo recordaba, pero sí que trabajaba en el centro de distribución de una empresa de agua mineral, de las que instalan máquinas en las oficinas, y precisamente ese era su empleo.

- Voy a bañarme antes de comer – dijo Lamprini y su madre le pasó la nariz por encima, para revisar si había olor a tabaco o alcohol. No esperaba encontrarlo, como tampoco que oliera a vegetales en descomposición. “Parece que hubiera ido a una granja”, se dijo.
- Cinco minutos – replicó su madre – y luego corto el agua caliente. Y dame esa ropa. Por poco no dan ganas de quemarla.

Mientras oía a Lamprini tararear la melodía de una canción llamada “Cícladas en verano”, de una tal Alexia Konstantanaki, revisaba el contenido de los bolsillos. Casi se pinchó con una especie de transistor, y los papeles que vio tenían números escritos al azar y palabras desconocidas. Nombres propios, solo extranjeros; serían referencias de libros, seguramente. Sí había estado en la biblioteca. Siempre podía ser algo peor.

Lamprini detestaba bañarse con agua fría, así que se apresuró a salir de la ducha. La esperaba un caldo espeso con papas y alas de pollo, sazonadas con jugo de tomate y orégano. Sus hermanos ya estaban acostados, Filipos con su madre e Ilaria en su lado de la habitación que las dos jóvenes compartían.

- No enciendas la luz – le ordenó ésta a la recién llegada. El cuarto estaba igualmente iluminado por la marquesina de neón del frente. Los haces de color rojo y amarillo ayudaban a Lamprini a orientarse entre su propio desorden. Ilaria tenía puestos los audífonos de su Walkman, y estaba escuchando música “gospel”.

Se quitó los auriculares para preguntar:

- Tienes chicles?
- Creo que sí – respondió Lamprini y buscó en la bolsa de tela cuyo cordón estaba atado a la cabecera de su cama. Los tres hermanos tenían cada uno una de estas, regalo de su tía Lizandra. Eran del mismo género, con lineas de varios colores; negro, café, blanco, amarillo, verde, rojo, y vuelta a empezar con el negro. Sobre una de las lìneas blancas la tìa habìa bordado la inicial del nombre de cada uno. Una pequeña L en el caso de Lamprini.

Los chicles eran de menta, de la marca Babbol. Ilaria sufría a veces de acidez. Alguien en la escuela, acaso una rival de ella por la atención de un chico, había esparcido el rumor de que tenía mal aliento,y algunos aún lo creían y le hablaban de lejos. Por esta razón, Ilaria echaba mano siempre de chicles o dulces, y dejaba la puerta del baño abierta para que vieran que se estaba cepillando los dientes. Usaba incluso enjuague bucal cuando lo encontraba de gira o en lo de una amiga. Su madre no lo tenía en casa, porque pensaba que Filipos podía tragarlo accidentalmente.
A Lamprini le daba pena este destrato hacia su hermana, con la que no tenía mayores problemas. Con respecto a la edad, Iliaria siempre estaba una etapa mas adelante, y procuraba guiar a su hermana menor, para que aprendiera de sus errores (ahora no tenía mucho tiempo, pero cuando volvía de un viaje y narraba sus experiencias siempre lo hacía en un tono aleccionador, amén de que ella misma no se metía en aprietos, siendo mas bien otras personas las que se encargaban de complicarle la existencia). Y en cuanto al desarrollo intelectual, la artista reconocía que Lamprini había nacido para reinar en el mundo de los números y las ideas complejas, con un poder de visualización y deducción que Ilaria no podría tener. Ella necesitaba que todo fuera previsible y ordenado, sin sorpresas ni espacios vacíos. Ilaria caminaba por senderos rectos y planos, mientras que Lamprini... era una “skater”.

En la semioscuridad y la somnolencia producida por el estómago lleno, volvían a ella las impresiones de las últimas horas. Los rostros de la señora Gamalidou, de Natasha, de Aquiles mirándola de reojo... el temor a una muerte violenta e inminente que ahora parecía una idea ridícula pero no en el momento en que pasaba por el corredor sombrío y mohoso.
Ahora estaba a salvo, en su cuarto junto a sus placas, cables, baterías y diagramas. Los que estaban sobre su pequeño escritorio y los que tenía distribuidos en cajas, en algunas separados según su especie, y en otras todo junto y revuelto.
“Vendería toda esta chatarra, pero no creo que encuentre quien la compre” le había dicho su hermana en varias oportunidades, cuando Ilaria misma no podía estirar las piernas ni caminar sin tropezar con algún artefacto a medio desarmar o un viejo libro abierto y dejado en el suelo.

- Lo que deberíamos hacer es mandarte a trabajar reparando televisores – dijo Ilaria alguna vez.

No sabía que el sueño de Lamprini había sido por un tiempo precisamente ese.

Pasó la noche y la mañana, la jornada escolar y el almuerzo. Lamprini se excusó frente a su madre y

corrió a la librería. La lechuga había sido utilizada para la ensalada, sin que ella pudiera alegar nada para salvarla. Compró otra, en otro lugar. Al llegar a su destino suspiró aliviada al ver que todo estaba, no se podía decir que en orden, pero en condiciones normales. Zemegis estaba sentado como de costumbre, pero esta vez con el caparazón sobre su regazo.

- No llegaste ayer – le dijo expresando preocupación en lugar del enojo que Lamprini esperaba encontrar. - Y recordé que tenía unas semillas de calabaza, y las hice polvo. Eso y agua es lo que le di. Por cierto, lo de la trampa, deberías hacerlo tú, que yo no me atrevo.
- Por supuesto! Lo lamento... me fui derecho a casa. Tenía un mal presentimiento, sobre mi hermano, sabes? A veces se mete en mis cosas y o rompe algo o se lastima él. Y luego la culpa la tengo yo...
- Rompiendo objetos de gran valor – dijo el librero alzando la tortuga para que esta pataleara un poco en el aire. Era una broma, pero su rostro impasible no lo delataba.
- Mientras se pueda hacer pasar corriente por ahí, me sirve – sentenció Lamprini. - A propósito... el libro que llevé ayer se me quedó en el autobús.

Dijo esto para provocar a Zemegis, y éste efectivamente reaccionó poniéndose de pie.

- Cómo así?
- Como te digo, llevaba demasiadas cosas, y estaba algo cansada, a punto de dormirme, la verdad, y cuando llegué a casa... me di cuenta que no lo tenía.
- Y, estás segura que fue en el autobús? O sea, dentro, sentada... así? No fuiste a otro lugar?

Si Lamprini le dijera entonces la verdad, a medias al menos; que había estado en el mercado y se le había quedado allí, o que alguien podría haber hurgado en su bolso mientras ella estaba distraída... Qué diría?

- No, como te digo, me fui directamente de aquí a mi casa.
- Y en el terminal... no estará allá?
- No sé, puede ser... pero, en fin, no tenía un gran valor, o sí? Es que...

Zemegis le puso un dedo en los labios, y miraba a Gubbia como buscando apoyo, alguien que estuviera de acuerdo con él.

- Si no lo tuviera, no lo habrías tomado. Y no se lo habría dado a nadie mas tampoco... Pero, lo importante es encontrarlo. Ve a buscarlo! Anda!

El librero jamás había expulsado a nadie, menos a Lamprini, de su negocio. Mas ahora la hizo girar sobre sus talones, y empujándola con suavidad la condujo hacia la vereda. Ella estaba perpleja.

Debería haberle dicho la verdad de lo ocurrido en aquel momento, y que él se las arreglara con la dueña del mercado? Talvez hubiera sido peor, si en lugar del terminal de autobus, donde ella sabía que no habría nada que encontrar, la hubiera obligado a regresar a ese lugar que pretendía ser un

establecimiento comercial, pero muy bien podía ser una fachada para las operaciones de la enorme y fiera Chrisanti Gamalidou. Y sin embargo algo le decía a ella misma que era eso lo que debía hacer, al menos para recibir explicaciones acerca de la conducta que habían tenido con ella el día anterior. Y si pensaban servirse de ella, como habían dicho, mejor que fuera por su propia voluntad y no bajo coerción. Hubieran sido capaces de amenazarla por medio de su familia? No la habían nombrado, en realidad.

Todo estaba vuelto de revés en la cabeza de Lamprini. Estaba situada en el ojo de la tormenta, en calma pero temiendo tomar cualquier dirección.

Mientras sus pasos se dirigían, semiinconscientemente hacia los dominios de la portentosa dama, sintió la falta de aire, producto de los nervios alterados, y se apoyó en una muralla para descansar. No habían pasado treinta segundos cuando una mano enguantada oprimiò su boca y otra se enredó como serpiente alrededor de su estómago. El peso de su menudo cuerpo se elevó un segundo en el aire y luego fue arrastrado hacia atrás. Su captora, de la que no pudo ver mas que el cabello largo y sedoso flotando en el viento, la depositó como un saco de papas en la parte de atrás de un triciclo y la cubrió con una prenda de lana, acaso una manta o poncho. El vehìculo se puso en marcha con un traqueteo y la conductora apoyó en la cabeza de Lamprini una forma tubular que podía corresponder a un cañón de escopeta o a un bate de béisbol. Ella realmente no quería saber, ni tampoco quién estaba forzando nuevamente su voluntad. Qué tenían todos contra ella, ademas de la posesión de un volumen con información de dudosa utilidad? Del que se había desprendido ya, por si nadie lo recordaba. Ahora solo entendía una cosa: no era casual que Zemegis le hubiera cedido específicamente ese libro. El quería que ella lo tuviera! Pero entonces, porqué no le previno, acerca de a quienes no debería habérselo cedido? O lo que el quería era usarla a ella para que llegara hasta Chrisanti Gamalidou, y la mentira de Lamprini le había molestado porque creía que no había cumplido su cometido?

- Está cerrado – dijo la voz de la mujer, que debía tener unos treinta años. Le estaba hablando a ella? Ya no sentía el amenazante cilindro contra su cara. Y el triciclo, que estaba techado en la parte posterior, se había detenido en una calle perpendicular al mercado, a unos cincuenta metros de distancia.
- Las persianas están bajas... pero, mira! - añadió aquella a quien recién ahora Lamprini pudo ver, una esbelta muchacha de rostro anguloso y ojos verdes bajo sus cejas pobladas y de color rubio, que llevaba puesto un sobretodo de cuerina. Mirando hacia delante, se dio cuenta de lo que llamaba la atención de su captora. De un camiòn con acoplado, una grùa descargaba pallets de cajas de madera que algunos obreros hacían entrar por el costado, por el callejón por el que habían hecho salir el día anterior a Lamprini.
- Han comenzado... aunque no lo tengan todo.

Miró a Lamprini con simpatía.

- Y no pudiste hacer nada, para evitarlo.
- Evitar qué? Ni sé qué está pasando! Y les di lo que querían. Porqué no me dejan en paz? Y usted también sea quien sea.

La mujer se sonrió y se colocó unas gafas oscuras, arreglándose también el cabello bajo un pañuelo de seda.

- Ya es tarde. Creen que tienes la pieza faltante, y te dejaron libre para que los guíes hacia... bueno, hacia mí.

Lamprini no sabía qué mas decir. Cada momento que pasaba, la situación en la que la habían envuelto se tornaba más absurda.

- Y ahora usted está aquí, frente a ellos, y me trae a mí también! Usted está loca o qué? Quiénes son todos ustedes? - protestó intentando salir del vehiculo, mientras que la mujer la tomó del hombro y la empujó hacia abajo.
- Puedes venir adelante si quieres, pero en silencio, sin hacer escándalo.
- Lo que quiero es irme a casa! Y olvidar que todo esto, lo que sea, está ocurriendo.
- O sea – preguntó la mujer con los ojos fijos en la descarga de materiales – ignorar todo como si no importara?
- No me importa a mí – replicó Lamprini saliendo del triciclo. Del lado de adelante había un asiento acolchado, mejor que el rugoso y algo sucio fondo de hierro. Ese cacharro era de ella?
- Ponte esto – le ordenó la mujer extendiéndole una gorra con visera del club OFI. - Yo sé quién eres, Lamprini. Yo soy Nali. Y esto – dijo señalando adelante – es POTRA.
- Pero ellos dijeron...
- Qué? Que es otra cosa? Por supuesto. Ellos hablan en tercera persona, para confundir. Como si ellos estuvieran comandados por otros, invisibles, mientras ellos son en realidad los responsables supremos.
- Responsables de qué?

Nali le pasó la mano por la frente como si intentara borrar una mancha.

- Tienes una linterna en tu casa?
- Qué? Porqué me preguntas eso?
- Dime – insistió – Sabes que debes tenerla, por si se corta la electricidad, verdad?
- Eh, si, claro. Y... si, si tengo, dos de hecho.
- Ahora bien – inquirió la mujer mientras seguía con la mirada el ir y venir de los estibadores – Cómo sabes que funcionará cuando la necesites?

Lamprini debía admitir que era una buena pregunta, aunque no entendiera el principio práctico detrás de esta hipotética cuestión.

- Supongo que si está en buen estado...
- La has probado? La pruebas de vez en cuando?

Después de pensarlo un segundo, Lamprini dijo:

- No, la verdad que no. Están colocadas las baterías. De eso estoy segura. Pero más que eso...

Nali permaneció en silencio mas tiempo del que esperaba su circunstancial compañera.

- POTRA – dijo suave, solemnemente, como al referirse a una verdad eterna- POTRA es, o está pensada para ser, la linterna de la nación. El último recurso contra la anarquía. Por la causa que te imagines, una epidemia, un ataque nuclear, un desastre natural, todo lo que esperamos que no suceda... pero si sucede, la idea es que POTRA sea la última llama encendida, el último bastión.
- Pero no debería el gobier...? - comenzó a preguntar Lamprini.
- LOS gobiernos – dijo Nali con énfasis en el plural – van y vienen. El poder cambia de manos, como tú lo has visto, y las prioridades de ayer no son las de hoy. Los intereses de unos no son los de los otros. El bien común... el que debería ser su principal preocupación, para ellos es siempre un asunto pendiente... hasta que es urgente, hasta que el pueblo mismo impone su urgencia. Pero alguien debe velar por él siempre... porque llegará un dia en que necesitaremos esa linterna, ese generador de emergencia, si lo quieres poner así, también, y no podemos confiar en cualquiera para que lo maneje. La linterna la lleva tu madre o padre, no el mas pequeño de la casa, cierto?
- Hmm... cierto – asintió Lamprini preguntándose si Nali de verdad conocía la composición exacta de los miembros de su familia.
- Y qué pasaría si la linterna, digamos, no enciende, o bien, si fuera muy antigua, una lámpara de aceite y no eléctrica, produjera un incendio? O si la persona que debe guiarnos termina por extraviarnos?
- Tengo que admitir que me asusta ahora pensar en ello – dijo Lamprini mientras veía a Aquiles hablando con el operador de la grúa. No esperaba ver a Natasha, pero talvez sí a Fiodor. En todo caso, bien podría confundirse con los demás, vestidos como estaban unos iguales a otros.
- Lo ves... por eso es importante hacer un “test” cada cierto tiempo. Claro, con una linterna es algo sencillo. Apagas la luz, y si enciende, bien, sino, no pasa nada. Pero un país entero...

Lamprini comenzaba a formarse una idea de lo que estaba ocurriendo. Una terrible idea.

- Alguien debe saber donde esta el interruptor, para apagar y encender la luz de la casa. Y

saber encontrar en la oscuridad el botón de la linterna. Si esta no enciende, andará a los tumbos buscando el interruptor. E imagínate eso en medio de un corte total. Que nunca se puede prevenir...

Lamprini se preguntaba cuál era, en esta analogía, la pieza que correspondía a cada función.

- Quiero hacerte una pregunta – dijo dirigiéndose con mucha seriedad a Nala.- El librero...
- Zemegis? Bien, muchacha, has empezado a dar con el problema. Digamos que Zemegis tenía o creía tener todas las baterías. Y, enfermo como está, porque no te lo ha dicho, está peor de lo que parece, ha cedido a la presión para que la persona que tiene la linterna, es decir, la dueña de este espacio, se las facilite. Pero... falta una de las pilas... y adivinarás quién la tiene y porqué.
- Tú? Él?

La mirada de Nali era gélida, sin vida, incapaz de revelar nada.

- Deberías revisar cómo está nuestro amigo Zemegis, por cierto.
- Y tú, qué harás? - preguntó Lamprini.
- Iré al lugar mas oscuro de la casa. Adonde la luz probablemente no llegue.

Le extendió una tarjeta metálica con surcos grabados en un extremo, de diferentes grosores y un ancho de un centímetro. En el otro extremo había una dirección escrita, impresa con tinta.

- Hay un teléfono público allí, por si me necesitas. Marca mi nombre al derecho y al revés.

Lamprini se calzó el ridículo gorro y caminó intentando mezclarse entre la poca gente que a esa hora pasaba por allí. Leyó en la tarjeta: “22 Taygetou, Agia Varvara”.

La pregunta que no había hecho surgió a continuación:

“Sería solo una prueba o algo más serio?”

Si una catástrofe se cernía sobre ellos, no debería saberlo para avisar a su familia?

Se lo preguntaría a Zemegis. Después de todo, él se lo debía por haberla metido en tal lío.

Mejor no. Que se arreglaran ellos. En este momento se preocuparía de alguien a quien apreciaba mas que a nada en el mundo pero para quien normalmente tenía poco tiempo: Filipos.

- Estás enferma? O estás prófuga de la justicia? - le preguntó Ilaria cuando escuchó la sugerencia de Lamprini.
- Solo me he dado cuenta, con gran pena de mi parte, de que estuve descuidando mis deberes como hermana mayor – respondió con una mueca de contrición que parecía sincera.

- Como quieras... pero no le metas ideas raras en la cabeza! Es lo único que te pido. Ya tengo bastante con oírlas de ti. Voy a aprovechar de arreglar los azulejos del baño. Hay algunos que están sueltos.

Ilaria también era bastante ducha en manualidades, pero el cuidado del pequeño le dejaba poco tiempo y energía para intentar nada. En las salas de teatro también había aprendido costura y diseño de vestuario, y llevaba sus propias notas en un cuaderno, relativas a vestidos que querría confeccionar, de tener aunque fuera un día entero para dedicarlo a ello. Si se mantuviera aquella tendencia del comportamiento de Lamprini, podría poner manos a la obra...

Filipos era indiferente a su presencia. Estaba jugando con una pizarra magnética, guiando la aguja con cuidado hacia un lado y otro, aprendiendo a hacer curvas y líneas diagonales. No estaba pensando en nada específico, y el dibujo resultante no era más que una maraña de líneas que se entrecruzaban en varios puntos.

Para Filipos su hermana era una figura distante, porque ella misma lo alejaba y le prohibía acercarse a su cuarto o a sus objetos personales y materiales de trabajo. No tendría la misma actitud porque no estaba en su carácter, pero no dejaba de resultar extraño, que ahora ella lo buscase. En fin, todo lo que Lamprini debía hacer era atender a sus necesidades básicas y evitar que se pusiera en una situación de peligro mortal. Normalmente diría que era una tarea fácil. Pero hoy, ella misma no sabía qué desgracia podía cernirse sobre sus cabezas, y no se perdonaría el fallarle a su familia en el momento crucial, por estar ocupada en tareas de menor importancia.

- Si hago un dibujo muy bueno, espectacular – dijo Filipos sin quitar la vista de la pizarra- cómo puedo guardarlo?
- Bueno... tenemos dos opciones. Podemos tomar una fotografía, si es que la cámara tiene pilas, o podemos dejarlo como está, pero no podrás volver a usarlo.

Filipos asintió mirando a su hermana por un segundo y luego volvió a concentrarse en su trabajo. Lamprini hubiera ido a buscar la cámara, pero no tenía ganas de levantarse de la alfombra. Había puesto un almohadón bajo su cabeza, y no tardaría en quedarse dormida. Aunque eso no era parte del plan, mientras Filipos no bajara del sofá y no estallara el ventanal estaría todo bien.

Filipos le dio un toque en el hombro con el pie, descalzo éste y cubierto por calcetines de X Men.

Lamprini dio un salto y los dos hermanos se miraron. El le hizo un gesto invitándola a acercarse:

- Quiero mostrarle mi dibujo a una niña – susurró.

Ella reprimió el acceso de risa. Si se burlaba de Filipos él no volvería a confiar en ella.

- Quién es?
- No puedes saber
- Bien. Y qué vas a dibujar?

- No lo sé... algo lindo, y que le hable de mí – dijo Filipos.
- Ya sé. Porqué no dibujas la casa de Mykonos? La del abuelo Orion.
- No me acuerdo bien como es...
- Voy a buscar una fotografía. Mamá tiene algunas.

En efecto, su madre guardaba las fotografías en prolijos álbumes forrados con cuero, cosidos a mano. Habían salido bastante caros pero ella argumentaba que con el tiempo se incrementaría su valor, por cuanto constituían un tesoro privado, la historia de su familia. Al mismo tiempo que iba añadiendo los registros de los eventos mas recientes, como las fotos de fin de año o de festividades religiosas de sus hijos, su cruzada personal de investigación de la genealogía la había llevado a visitar a parientes lejanos o instituciones de las que no había oìdo nombrar con objeto de hacerse, si no con los originales, al menos con reproducciones de retratos de sus ancestros, tales como un tatarabuelo que había sido teniente de caballería a finales del siglo 19 o la foto aparecida en un periódico de 1920, en ocasión de la captura de una tía abuela, conocida como Penny la Rabiosa, quien llevó a cabo un raid delictivo específicamente dirigido a la empresa de distribución de encomiendas de la que había sido despedida por negarse a hacer ciertos “favores” a su jefe. Su sobrina nieta se sentía orgullosa del coraje y determinación de aquella mujer que pasó diez años de su vida en la prisión de mujeres, luego de lo cual se perdió su rastro y murió en un lugar y fecha desconocidos.

A instancias de su madre, Ilaria había comenzado su propio álbum, decorado éste en la cubierta con una imagen de la artista frente a la Puerta de Brandeburgo, y para más, del lado oriental. Como los teatros suelen contar con sus propios fotógrafos, amén de los de las revistas culturales, era una tarea relativamente sencilla. Las de su vida personal, mientras tanto, las dejaba a cargo de su madre, para que ella las colocara en la colección familiar.

Cuál sería el aporte de Lamprini? Qué legado sería el suyo? O simplemente actuaría como guardiana y albacea del trabajo de su madre? Aún tenía mucho tiempo para pensárselo. Por lo pronto, terminar la secundaria y entrar en la Universidad. Como soñar, soñaba con el MIT, la mejor universidad técnica del mundo. La TU de Berlin también estaría bien. Allí tenía parientes. Ya lo vería en su momento.

Una franja oscura formada por nubes arrebujadas unas con otras se había dibujado en el cielo, a la altura del cenit. Ambos extremos, norte y sur, permanecían diáfanos, de un color azul que se teñía de tonos aún mas claros mientras el sol, oculto por la curiosa cortina, se iba elevando. Las ventanas de la habitación de Lamprini y sus hermanos daban al occidente, por lo que el resplandor tardaba un poco más en llegar.

Al despertarse, la joven encendía la radio sintonizada en 98.3, FM Maravilla, una emisora de música romántica y publicidad dirigida a la audiencia femenina. Se cambiaba su pijama de Masters of the Universe, después de ducharse, por la ropa que usaría en la calle. Y comía su desayuno en el escritorio apartando a un lado los transitores y cables. Una pila de libros de electromecánica a la izquierda y otra de novelas de Asimov y Ray Bradbury a la derecha. Ahora estaba leyendo Retorno a Pellucidar, de su autor favorito, Edgar Rice Burroughs. Con el poco talento que decía tener, subestimandose a sí misma, había hecho unos bocetos de la Princesa de Marte bastante aceptables.

En cuanto a los sentimientos románticos a los que aludían las letras de las canciones que escuchaba, sí admitía ser ignorante. Veía a los muchachos como sabandijas sin control de sí mismos, y en los que no se podía confiar. Los lamentos y las aflicciones que causaban en las mujeres, según ella, eran culpa de ellas mismas, y de las emociones que no fueran capaces de dominar o canalizar.

- Lamprini – dijo su madre en un susurro -. Ven a ver esto.

Dejó entonces el sandwich de pescado con pimiento a medio comer, en un plato de madera. No pensó en aquel momento en que su madre estaba retrasándose para ir a su trabajo. Siempre salía antes de que Lamprini despertara.

El televisor, un aparato de fabricación japonesa de 20 pulgadas, estaba encendido, lo que solo se hacía cuando ocurría algo importante. Su madre se guiaba mas por lo que ocurría en la radio, y de ella se servía también como distracción, mientras realizaba, cuando estaba en casa, las tareas domésticas. Era otro hábito que había transmitido a sus hijas.

“La explosión de un depósito de combustible... La isla se encuentra en el extremo sureste... Incendio de proporciones... No hay comentario de parte del Gobierno...”.

La interferencia de la señal de televisión, causada por estática o por la baja de tensión impedía captar frases enteras, pero el sentido era claro.

- Así que eso es – murmuró Lamprini.

- Qué cosa?

Miró a su madre, mordiéndose los labios. Debería... podía decirle lo que sabía?

- Adónde vas? - dijo su madre, al ver que corría a buscar su abrigo.

Lamprini no respondió. Solo desapareció tras la puerta.

Las calles estaban repletas, como de costumbre a esa hora... excepto por los autobuses. No vio a ninguno. Y tampoco agentes de tránsito ni policías. La gente estaba inquieta, como si no supieran qué es lo que debían hacer, si ir o no ir a sus trabajos o a la escuela, si abrir o no sus negocios. Los comerciantes esperaban, llave en mano, reunidos fuera de sus tiendas cerradas. Los niños en corrillos y sus padres a pasos de ellos. El puesto de periódicos estaba cerrado también. Al parecer no los había; no habían llegado.

Lamprini sintió un brazo detrás de su espalda.

- Súbete – le dijo una motociclista y le alcanzó un casco. Era la voz de Nali detrás del visor.
- Pero debo ir a...
- Zemegis. Si, yo también voy.

Y echaron a rodar. En menos de cinco minutos, zigzagueando a través de los automóviles detenidos en las calles, estuvieron en la librería.

La persiana estaba abierta solo hasta la altura de las rodillas, y las muchachas, en lugar de empujarla, pasaron en cuclillas. Justo en la entrada estaba Zemegis echado de costado. La tortuga Gubbia forcejeaba para librarse de debajo de su mano.

- Aún respira – dijo Nali al pasarle la mano por la boca. En el cuello tenía una marca no muy profunda. - Han intentado estrangularlo. Parece que lo han dejado por muerto. Menos mal que tiene un cuello tan grueso.
- Diría que lo llevemos a un hospital – indicó Lamprini – pero...
- Exacto. Sería exponerlo para que lo eliminen allí. Debemos ocultarlo.
- Pero cómo? Dónde?
- Dejame ver eso a mí

En un estado de aparente shock, Zemegis abría y cerraba los ojos, respirando con dificultad. Su mano derecha se cerró y extendió el índice señalando a Gubbia. Tocaba una y otra vez el caparazón de su mascota.

- Yo me la llevo – dijo Lamprini. - Debo volver a casa... o no? Me buscarán también a mi?
- Es posible – sentenció Nali mirando al librero con compasión y angustia. Se había quitado el casco para que él la reconociera. Zemegis sonrió al ver su rostro. Lamprini entendió que existía alguna clase de conexión entre los dos, y entre los sucesos que afectaban al país

entero con el frustrado homicidio.

- Podría ir a la escuela pero... no sé si estará abierto. Estoy tan confundida... qué es esto?

Nali le tomó la mano, mientras Lamprini con la otra aferraba la tortuga a su pecho.

- Ese es el problema. No podemos saber si esta es una simulación o algo real... Y no podemos actuar hasta que lo sepamos.

Se oyó un grito en la calle, de una mujer de mediana edad:

- Al Congreso! Vamos!

Y otro:

- Eso! Al Parlamento! Que nos den una respuesta!

Y a esta se sumaron varias voces emitiendo consignas con la misma rabiosa energía.

- Eso era esperable... Mejor vete a casa. Vamos, gordinflón, levántate – dijo Nali arrastrando al librero hacia un costado.

Lamprini salió con la tortuga bajo el brazo, pensando en lo que le daría de comer, cuando se oyó llamar por su nombre.

- Eh, Lamprini! Qué estás haciendo aquí?

Era su compañera de colegio, Marina Stakiri, la típica "bad girl", cuya vida era una constante resistencia a la autoridad. A los dieciséis años ya era fumadora, ya había tenido intimidad con chicos y problemas con la ley. Ocultaba su rostro bajo una máscara de crema facial y un clásico gorro de lana como los de los ladrones de las películas.

- Qué estas haciendo tú? - le replicó Lamprini al ver que sostenía entre sus manos un palo de hockey sobre cèsped. No era creíble que fuera actividad deportiva lo que iba a hacer con él.
- Viviendo el día soñado, chica. Ven conmigo! Vamos a darles a esos fascistas una lección! Oye, y esa tortuga?
- E-es de un amigo - tartamudeó imaginándose que la rebelde sin causa sería capaz de probar sus habilidades hockisticas con el acorazado animal. - Me pidió que la cuidara.
- Anda... bueno, eso es importante. Los animales primero. Mira, ya se está armando una buena! Voy a alcanzarlos. Te veo luego!

Y se despidió haciendo el signo de la victoria.

"Al menos eso tiene de bueno" pensó Lamprini, "a los animales sí los respeta".

De algún lugar sacaron los manifestantes tambores de petróleo, y los estaban haciendo rodar por la calle. El runrun de los barriles se percibía desde lejos. Lamprini solo quería volver a casa, ojalá sin cruzarse con Aquiles o alguno de los búlgaros. Estarían ocupados en su propio plan, probablemente. Todo aquel día era un misterio en desarrollo. La única actividad era el continuo caminar de personas hacia el centro de la ciudad. Mientras ella avanzaba en dirección opuesta.

Un par de cuadras antes encontró a Ilaria, con Filipos en andas sobre sus hombros.

- Mamá ha ido al centro, igual que media ciudad – dijo, y luego agregó: - Él está en casa. Por eso hemos salido. Ha preguntado por ti. Ha venido a verte a ti.

- No me digas que también tienes parte en esto – fue lo primero que le dijo, al verlo sentado cómodamente en el sofá.
- Cálmate, por favor – le dijo su padre quitándose los lentes de marco grueso. Lamprini puso la tortuga en el suelo y Gubbia comenzó su andar sin rumbo por entre las patas de la mesilla de té.
- Cómo quieres que reaccione? Justo hoy, de todos los días, te acuerdas que tienes hijos y apareces mágicamente. Para qué?
- Es que es importante... quiero explicarte...
- Qué? Que el día del Apocalipsis te entró el remordimiento por abandonar a tu familia? Eso?
- No, no, bueno, si...
- Si, si, no, no – dijo ella imitándole. - La verdad que no quiero oìr nada, ni de ti ni de...
- POTRA. Es sobre POTRA.

A Lamprini le costó reprimir el acceso de llanto.

- Qué padre este! Un ejemplo! Eres una maravilla, de verdad. Sabías lo que iba a pasar y no me dijiste nada? De qué sirve ahora?
- No podía... de verdad no podía... al venir aquì, de hecho, estoy rompiendo mi promesa...
- A quién? - Lamprini ya no podía más. Su corazón latía a cien pulsaciones por minuto. - Importa mas eso que honrar tu papel como padre?
- Lamprini... hija... escúchame. Sé que parece complicado, pero entenderás todo una vez que te lo explique...
- Hah, me imagino que sí. Es el momento perfecto. Todo tiene mucha lógica.

El foco de luz comenzó a titilar, y tras un breve zumbido, se cortó la electricidad. Lamprini se metió a la cocina y sacó del fondo de la alacena el pequeño generador de corriente, con el que en aquellas ocasiones alimentaban los electrodomésticos de mayor importancia. En primer lugar, el refrigerador.

Aprovechó su estancia allí para tomar una manzana de la cesta y pelarla para alimentar con ella a Gubbia. Su padre, desde la puerta, la miraba en silencio.

- Me imagino que te irás antes que mamá regrese – murmuró Lamprini.

- Lo haré, pero quiero que vengas conmigo...
- Estás bromeando! - dijo con rabia sosteniendo el cuchillo, apuntándolo hacia él. - Tanto me necesitas ahora? Qué es tan importante, que apareces en el peor momento y reclamando ayuda?
- Lo sabrás si me ayudas. Tu eres la única que puede.

Dejando las cáscaras de manzana, cortadas en diminutos rectángulos, en un platillo en el suelo, Lamprini aparentaba no escucharlo.

- De pronto soy el centro del universo... incluso mi padre reaparece para pedirme favores... es cómico, realmente.
- Yo por mi parte sabía que este día llegaría – dijo él abriendo la despensa y sacando el café instantáneo. A continuación encendió la cocina y puso la tetera.
- Para que salgas de aquí y mi mamá no te vea, solo para eso, voy contigo adonde quieras. Por cierto... te acuerdas que tienes un hijo también, verdad? Que casi no te ha visto. Te lo presentaría pero, está tu hija mayor y ella va a golpearte peor de lo que mi madre lo haría.
- Ah, si, sé lo querido que soy en esta casa. Que sigue siendo mi casa, aunque intenten borrarme – replicó él sorbiendo el café humeante.
- Eso lo has hecho tú solo.
- Vale, vale. Mejor ve a preparar tus cosas. Nos iremos luego.
- Y en qué, si se puede saber? En helicóptero? Está todo bloqueado, no lo ves?

Se oía desde fuera el sonido de bocinas, cada vez más intenso. La falta de personal de seguridad traía como consecuencia el caos vehicular.

Su padre extrajo del bolsillo un dispositivo parecido a un encendedor. Oprimió el botón en un extremo, como si jugase con él, y se encendió una de las luces, de color verde. Esperó unos segundos, y la otra luz de color naranja se prendió sin que él hiciera nada.

- Vendrán a buscarnos. Armate un bolso con ropa, y trae tus herramientas. Y esta tortuga... Bueno, no creo que vaya a perderse aquí.
- Gubbia viene conmigo, o no me muevo – dijo ella muy seria. - Demasiado es ya que vengas a darme órdenes, habiendo resucitado después de tanto tiempo.
- Sigo siendo tu padre, señorita

Lamprini se acercó a él y le dejó la tortuga en las manos. Gubbia se removió algo inquieta por el

cambio de manos, de las suaves y pequeñas de la adolescente a las peludas y con gruesos dedos de su progenitor.

- Ya es hora de que empieces a demostrarlo – dijo la muchacha mientras se retiraba a su dormitorio.
- Qué tal tu vida, amiga? Cómo llegaste aquí? - le preguntó él al animal, que lo miraba con indiferencia.

Alguien a quien Lamprini admiraba era la antropóloga rumana Milena Gurcan, quien había recorrido todo el este de África desde Somalia hasta Mozambique indagando acerca del encuentro de las culturas nativa e hindú a lo largo de los siglos y la forma en que la inmigración desde el subcontinente había moldeado la sociedad de acogida. Había escrito sobre esto en varios libros, en los que además discurría acerca de los desafíos de supervivencia en los pantanos, zonas semiáridas y el bosque de montaña. Escribió también un manual de campismo para mujeres, titulado “El periplo y el período”, del que la adolescente conservaba dos copias, en caso de que una se perdiera.
En base a sus enseñanzas había armado su propio botiquin de emergencia, en una pequeña valija para cosméticos que encontró en un mercado de pulgas.
Tenia además un cinturón para herramientas con bolsillos de distintos tamaños. Mientras se colocaba éste y los botines de color ambar, impermeables y con una gruesa suela ideal para caminatas o escalada, se detuvo a pensar en su madre. Sabría ella acerca de las actividades de su padre, cualesquiera fueran? Porqué su primera reacción había sido emprender el camino hacia el centro cívico dejando a su pequeño hijo en casa y olvidándose del trabajo, al que no se había preocupado de asistir? Qué familia esta, en la que había nacido! Y pensaba que la rara era ella!
Su padre la llamó desde la cocina. El tono de su voz parecía alegre y expectante.
Al asomarse, vio que él aún sostenía a Gubbia entre sus manos.

- Ah, hija! Yo sabía. Hija mía... Eres una maravilla.
- Hah! Cómo así? Y tan de pronto?

Su padre le mostró la parte baja del caparazón de la tortuga. Con un marcador indeleble, estaba escrita una serie de números, y mas abajo un diagrama, parecido a un circuito eléctrico. Dos flechas apuntaban a dos intersecciones, y una sigla debajo de cada una. OLM y OSM.

- No tenía dudas. Tú la tienes, la pieza faltante.
- Pero... yo no escribí eso... y no sé qué es.

Solo sabía, recién ahora, que era la razón por la que Zemegis, herido como estaba, insistía en que se llevase a Gubbia a casa. O al igual que el libro, confiaba en ella para entregarlo en el lugar y a la persona correcta? Era esta su padre, sobre quien el librero jamás había preguntado? A esta altura, todo era posible.

- Me alegro más aún de haber venido. No entiendo porqué sabes solo algunas cosas e ignoras otras. Quizás han pensado que sería mejor que no supieras... por tu propio bien. Pero arreglaremos eso.

Una estrambótica bocina, con un ritmo tropical, sonó en la calle.

- Ha llegado. Vámonos

Lamprini no vio mas razón para ello que la idea de sacar a su padre de la casa antes de que el resto de su familia lo viera, y evitar una gresca que podría haber tenido consecuencias traumáticas. Además, se estaba convenciendo de que algo serio ocurría y que ella ya estaba inexorablemente implicada.

En la puerta del edificio se cruzaron con Ilaria, que llevaba a Filipos de la mano y lo empujó con suavidad hacia el costado opuesto, hacia el marco de la puerta. Miró a su padre como a un desconocido que se acerca demasiado abusando de la estrechez de la acera. Y luego a Lamprini, levantando el pulgar a manera de salutación. Sabía ella también algo? Había entonces salido a propósito previendo la llegada del progenitor?

Un muchacho de unos veinte años saltó de la cabina de un camión de limpieza de desagües. Llevaba un sueter ligero de lana blanca y encima de este un chaleco multicolor, de estilo andino, sudamericano.

- Como estamos? - saludó a Lamprini quien se rió para sus adentros del pelo enmarañado y las piernas algo torcidas que el muchacho intentaba ocultar bajo unos pantalones anchos parecidos a los de un carnicero. - Todo listo, jefe. Partimos en seguida. El tráfico estará... - emitió un silbido agudo para enfatizar su dificultad.
- El es Zisis, nuestro chofer, y esa es La Peste, nuestro... vehículo de escape, como podríamos llamarlo. Está vacía y limpia, pero por su mismo aspecto otros la evitan, por lo que funciona perfectamente para nosotros.

Lamprini aùn no estaba segura de que fuera una buena idea fugarse, si es que se podía decir así, con aquellos dos desconocidos, aunque uno de ellos fuera su padre. La jocosidad afable del conductor, que a juzgar por su peinado debía llevar siempre la ventanilla baja, le convencía un poco más que el misterio y el sentido de urgencia de su progenitor, a quien aparentemente le importaba mucho la llegada a destino a tiempo para cumplir con quien sabe qué misión.

- Te gusta el rap? Tengo varias cintas, de aquí y de América.
- La verdad no, pero, bueno, eres tú el que conduce – dijo ella.

Zisis le tendió la mano para ayudarla a subir, pero Lamprini lo rechazó. Aún con el peso que llevaba encima, trepó el escalón con bastante habilidad. Su padre tenía a Gubbia en la mano, y se la lanzó cuando él estaba por subir, con algo más de esfuerzo, dado que ya estaba cerca de los cincuenta

años.

- Qué bonita! - dijo Zisis al subir desde el lado del volante. - Pero, porqué la traes contigo?
- Resulta – respondió el padre de Lamprini – que la señora tortuga sabe más de lo que dice.

- Bien por ella! - dijo el joven acariciando el caparazón. - Siempre hay que tener un secreto guardado, para poder usarlo cuando sea preciso.

Lamprini torció los labios con desagrado.

- Ese es un consejo terrible.
- Hay peores de donde vino ese.

Su padre asintió con cara de resignación. Zisis mismo parecía ser un mal necesario. Era extravagante y desinhibido. Demasiado para una persona a la que se le confían tareas que requieren confidencialidad.

- Por cierto, puedes recostarte aquí atrás – dijo el muchacho señalando el espacio ubicado detrás de los asientos. - Pero no es tan lejos... cierto, jefe?
- Depende de ti – respondió aquel al que llamaba así.
- A rodar, entonces.

Encendió el motor y la casetera. La voz de una mujer madura comenzó a vocalizar antes de comenzar a narrar su historia de vida.

La franja oscura, la nube fatídica, continuaba en su lugar y con la misma estructura. Y por el centro de una avenida circulaba el camión adelantando cuando podía y esperando cuando no se lo permitía el desordenado tráfico, sin semáforos ni agentes.

A tres horas de distancia al norte, bordeando un riachuelo, entraron en un caserío, en el que destacaba un hotelucho con la fachada de madera corroída por los elementos. Un puñado de aves silvestres se picoteaban unas a otras disputándose el lugar más alto, a saber, una antena de radio.
El dueño del lugar, al escuchar el estridente bocinazo, salió a recibirlos. Llevaba las manos en los bolsillos del delantal, y una boina cubría su calvicie.

- Marinos Gourtakas – dijo el joven saludando al bonachón hotelero por su nombre y apellido. - Qué se dice?
- En la FM, nada, pero la banda ciudadana... ahh!! - respondió el otro como si lo que ocurriera fuera lo mejor que había visto en su vida. - Buen trabajo... no el de ustedes, el de... ehem... - Se interrumpió frunciendo la nariz como si le diera asco pronunciar el nombre, los nombres, que Lamprini estaba ansiosa por oír, de los responsables de aquel lío. Los que habían apagado la luz, y tenían, o no, la linterna en sus manos. Ella lo saludó con un gesto de la mano en el aire.
- Esta es mi hija, de la que le hablé – dijo su padre, dejándola sorprendida por estas palabras y con el brazo con el que rodeó su hombro atrayéndola hacia sí. - No ha querido dormir en el camión.
- Puede hacerlo después de cenar. Yo también tengo una hija... no está en este momento. Puedes dormir en su cuarto.
- Sería mejor que bajes ahora – terció el conductor. - Voy a guardar a la Peste en el hangar. Es cerca de aquí pero no conviene que te canses aún más caminando de vuelta.

Después de haber sido llevada de un punto a otro por personas extrañas durante los últimos días, empezaba a parecerle algo natural. Se dejó guiar por el caballero del delantal hacia el interior del hostal.
Al cruzar la puerta vio, a su izquierda, un espacio que oficiaba de salón de recepción, con un mullido sillón forrado en cuero, cuyas costuras se hundían en la tapicería haciéndolo ver como si estuviera a punto de reventar; frente a ella un pasillo de unos cinco metros de largo flanqueado por dos puertas, y a su derecha un mostrador sobre el que se encontraban algunos papeles esparcidos y una especie de dictáfono o intercomunicador. Al lado de éste, junto a la pared, comenzaba una escalera que giraba a la izquierda perdiéndose detrás de la mampara. Detrás de la silla de la oficina,

una estantería con archivadores, cajas de cartón y artículos de limpieza.

- La primera puerta a la izquierda, es el dormitorio de mi hija. La de la derecha es el mío. Aquí está la llave. Tiene su propio baño. Al final del pasillo, girando a la izquierda, está el comedor. Puedes ir allá cuando estés lista.
- Muchas gracias... por cierto, preferiría que usted cuide de ella mientras tanto, si no es molestia – dijo Lamprini refiriéndose a Gubbia y extendiendo sus brazos para entregarsela. El señor Gourtakas la recibió con cuidado, aunque el animal se había encogido y metido dentro de su caparazón.
- Para nada. Le prepararé un buen lugar para que descanse, después de alimentarla.

Lamprini iba a entrar a su cuarto cuando el hombre la detuvo.

- No sé qué mas decir más que, lo siento... ya sabes, por todo este trajín. Entenderás todo en su momento. Pero por ahora solo puedo decir eso. Y, gracias.

La muchacha se encogió de hombros, y al recoger su bolso del suelo respondió:

- Yo tampoco sé qué decir. También gracias, supongo, por la recepción.

El dueño del hotel inclinó la cabeza, y se retiró con la tortuga en brazos.

- Por supuesto que sí – dijo Lamprini suspirando al ver en el escritorio del cuarto una fotografia de una adolescente con el uniforme de su club de handball. Era Nali la hija de Marinos Gourtakas. Analisa Gourtaka... Su nombre de pila se leía también en letras recortadas en papel, de color damasco, pegadas en la puerta del armario. Este estaba cerrado con llave, y Lamprini se preguntó su podría pedirsela a su padre. Solo había traido dos alternativas de camiseta y un pantalón, amén del pijama. Necesitaría ademas otros calcetines, pues trajo un par de repuesto. Los que tenía se habían mojado con su propio sudor.

Se le ocurrió que sería mejor salir ahora del dormitorio y enfrentar lo que tuviera que enfrentar en la cocina, pues no podría dormir sin aclarar de una vez por todas la razón de todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Además, si la necesitaban específicamente a ella, y con urgencia, mejor terminar con todo cuanto antes.

Decidió antes de salir que no mencionaría su encuentro con Nali a menos que ellos le preguntaran.

Antes de cruzar la puerta del comedor sintió la voz de Zisis, hablandole al anfitrión. Lamprini se escondió junto al acceso a la cocina creyendo que le sorprendería confiándole algún secreto, quizás hablando de ella. Pero al aguzar el oído comprendió que el chofer narraba una burda historia acerca de dos perros que había visto disputándose una muñeca de trapo. Al parecer esto había ocurrido en el viaje de ida.

“Estos hombres”, pensó la muchacha, quien tenía para contar algunas anécdotas similares, pero no lo haría por temor a ser ridiculizada. No sonaría igual en su boca.
Al verla entrar en el refectorio el camionero la saludó con un redoble de sus dedos sobre la mesa.

- Me temía que no fuéramos a verte hasta mañana – le dijo.
- No estoy tan cansada – admitió Lamprini. - Además, pensé que podrían necesitar algo ahora.
- Algo... como qué? - preguntó el hostelero.

Lamprini no supo qué replicar. Temió haber metido la pata, incurriendo en un malentendido.
El señor Gourtakas se sentó a su lado.

- Tu padre te dijo eso?
- Bueno, si y no... me dio a entender que... debía hacer algo... algo que solo yo podría hacer...

La expresión de los rostros de los dos caballeros se transformó en seria preocupación.

- Lamprini, te llamas, cierto? Quiero que entiendas algo... te hemos hecho venir aquí para protegerte, para que nada malo te ocurra mientras... bueno, suceda lo que suceda... Si tu padre tiene otra intención, francamente, no era la nuestra.
- O sea, yo, lo que te puedo decir – intervino Zisis – es que es él el llamado a cumplir... ciertos cometidos... pero eso no te incluye a ti. No debería.
- Pero, sabe, parece que ya estoy involucrada... desde ayer, y antes de ayer... otras personas que querían algo de mí, que ni yo sabía qué era... y me vi arrastrada a esto...
- Lo sentimos mucho – dijo el señor Gourtakas, - No debió ser así. Es por causa de tu padre, y de sus actividades... de las que no sé si te puedo hablar mucho, por tu propio bien. Es como si, habiendo ido a por él, se encontraron contigo... Por cierto, sé que conoces a mi hija.
- Si, a Nali, si – dijo Lamprini con cierta emoción incomprendida por ella misma, pareciéndole ahora que aquella estrafalaria mujer era en comparación con los demás la mejor aliada que podría encontrar.
- Mi hija es un poco descuidada con su propia vida, pero se entregaría sin dudar por otra persona, especialmente por alguien que aprecia. Y por lo poco que pude saber de ti antes de conocerte, sé que eres la clase de persona, de amiga, que ella quisiera tener si tuviese una vida...normal.

Luego de un breve silencio, Lamprini preguntó:

- Tiene idea de dónde se encuentra ella ahora?
- La mayor parte del tiempo, no. Pero confío en que, aun metiéndose en problemas, siempre sabe qué hacer. Siempre tiene un plan de escape. Eso se lo he enseñado yo. Algo de lo poco que he logrado hacer entrar en su cabeza.

El que entraba ahora era el padre de Lamprini, con un conejo despellejado, sin cabeza, en las manos enguantadas.

- Ten esto, muchacho – le dijo a Zisis. - Voy a lavarme las manos.

El aludido había preparado una pasta de porotos molidos que iba a cocer junto con otros elementos.

- Estamos bien, hija? - dijo a la suya besándole en la cabeza. Lamprini asintió sin mucho ánimo. Él y Gourtakas se miraron con expresión de desconfianza.
- Vamos avanzando – dijo el improvisado carnicero.
- Si usted lo dice – replicó el dueño de casa.

De un estante cercano extrajo un mapa del país, doblado en varias partes. En total debía medir alrededor de un metro y medio de largo por uno de ancho. El lado que tenía visible, puesto sobre la mesa, correspondía al centro y este de Tesalia. Entre los dobleces había guardado una pequeña libreta con un lápiz inserto en los anillos.

A Lamprini le costaba decir esta palabra, pero tuvo que hacerlo para llamar su atención.

- Papá.
- Si, hija – respondió él con la mayor naturalidad, como si estuvieran en la cocina de su propia casa, en una tarde cualquiera.
- Qué se supone que debo hacer? O sea, aquí...

Su padre miró de reojo a Zisis, quien fingiendo no oir nada cortaba en trozos lo que había sido el cuerpo de un animal silvestre. Marinos Gourtakas había salido a buscar aceite, para rellenar la tinaja en la que éste se servía.

- Necesito que seas mis oídos, mientras no estoy aquí.
- Volverás a irte?
- Para que todo funcione como espero, es necesario que lo haga yo mismo.
- Qué es “todo”? - insistió Lamprini. Su padre dejó escapar una mueca de disgusto. Se veía nervioso aunque intentara disimularlo. La muchacha decidió encararlo desde otro ángulo.
- No puedo hacer nada si no confías en mí – dijo con seriedad. - Si soy tu única opción, porque soy tu sangre, debes demostrarme confianza. Sabes que puedes, por eso me has ido a buscar. Además de que... me extrañabas, cierto? Como yo a ti.

Y su brazo se extendió para tocar la mano de su progenitor. Tal como la nube negra que persistía en atravesar el cielo, sus dedos entrelazados permanecieron unos segundos suspendidos sobre el mapa.

- De acuerdo... - dijo su padre extendiendo con la otra mano la libreta. - Este es el sistema POTRA. Son diez estaciones repartidas por todo el pais. Cada una tiene una especie de centinela, que opera en una frecuencia de radio, para comunicarse con el conjunto y coordinar sus acciones, y en el sistema, un punto de conexión con sus vecinos. Ahora bien,

en este momento, se han inactivado todas. Y se volverán a encender... salvo una. Cuál? Precisamente aquí, donde estamos nosotros. Cómo sabemos que se mantendrá inactiva? Porque para eso hace falta un protocolo, una secuencia numérica, de reencendido. Y quién la tiene? Solo nosotros.

- Cómo sabes que solo somos nosotros?
- La persona que la obtuvo, y el que la administraba... bueno... no están.

Zisis sacudió la cabeza, mirando a Lamprini con una expresión que decía "este hombre...". Y su padre daba a entender que había sido un paso "necesario".

Había sido un asunto bastante vergonzoso, incluso para los estándares de su "organización", el uso de un señuelo para infiltrarse en el sistema y obtener la información que necesitaban, y la posterior eliminación del informante y su inadvertido cómplice. Se eligió para ello el método menos sangriento. Un explosivo colocado bajo el automóvil en el que se habían dado cita, supuestamente para despedirse al concluir el contrato del infiltrado.

- Qué parte tiene en esto la señora...
- Chrisanti? Hah, difícilmente se le puede llamar "señora". Pues, como lo suyo es la fuerza bruta, de eso se trata. Verás, hija. A veces las cosas se consiguen de buena manera, por puro sentido común. Te lo pido porque es necesario. Pero con gente más obstinada, hay que tratar de otra manera. No me refiero a Gamalidou, sino... a los que tienen el poder, en este momento, hasta ahora. Chrisanti es el arma que tenemos para vencer cualquier oposición de su parte a nuestros deseos. Pero, como toda persona que se sabe poderosa, ella también tiene sus propios intereses, y su propio ego, que la impulsa a actuar como si fuera a ella a la que los demás tenemos que acatar. Es como tener, disculpando la comparación, a un perro guardián. También tiene hambre, y en ocasiones, una innata sed de sangre. Cómo controlar eso? De la misma forma. Teniéndole satisfecho, o mostrándole con gesto severo quién es el amo.

Marinos Gourtakas estaba sirviendo el potaje junto con la tierna carne de conejo, aderezada con hierbas y aceite.

- Bueno, bueno, demasiada información por el momento. No es que dude de tu inteligencia, muchacha, pero a mí mismo me asquea el hablar de todo esto. Yo también soy un rehén de estos sujetos.
- Colaborador, bah – le espetó el padre de Lamprini con una media sonrisa.
- A la fuerza. Y todo por las travesuras de mi hija. Por eso – dijo señalando a Lamprini con un tenedor que sostenía un trozo de carne del vientre del infortunado animal – hubiera deseado que mantuvieras a la tuya fuera de este enredo. Pero no, el señor incluso pone...

- Pone qué? - dijo Lamprini dejando de lado el jugo de frutilla que estaba bebiendo.

Su padre intentó hacer callar a Gourtakas, pero ya era demasiado tarde.

- Ah, niña... no hace falta que yo lo diga... mejor que sea él.
- Decir qué? Papá... pusiste qué?

Su padre hubiese querido encontrar la madriguera del conejo y esconderse allí.

- Dile – repitió el hostelero pasando el brazo por sobre el hombro del padre de Lamprini, y señalando con su grueso dedo índice a ésta – lo que te viste obligado a prometer, dado que tu palabra por sí misma no vale nada.

El aludido mantuvo los ojos bajos, fijos en el plato en el que una capa de grasa cubría parcialmente el líquido amarillento.

- Porqué? - dijo luego de un momento de silencio.
- Porque te importa más tu propio pellejo que el de tu hija, por eso. Nali podrá ser todo lo que se diga de ella pero... como padre, es mi responsabilidad. Y la última cosa que haría sería sacrificarla para salvarme yo. Eso, eso es lo que tu padre ha hecho, muchacha! Que no te sorprenda ahora que se haya acordado tan de pronto de ti. Y solo a ti haya ido a buscar. Bueno, por lo que sé tienes una hermana mayor, que lo conoce demasiado bien como para caer en estas tretas.

Lamprini iba a levantarse, con el rostro desencajado, pero Zisis la detuvo. Además Gubbia estaba a sus pies, y hubiese sido inhumano descargarse con el inocente animal, que no sabía de la desgracia que había sido portador.

- Come – le dijo el muchacho – al menos por mí, inténtalo.

La comida se veía muy apetecible y ciertamente Lamprini tenía hambre. Antes de dar el segundo sorbo, preguntó con voz apagada:

- A quién me han vendido? Para qué?
- A nadie en realidad, querida – respondió Gourtakas – primero porque yo y Nali, donde quiera que ella esté, no permitiríamos que nada te pasara. Y segundo porque, sabiendolo ya, esto debería ser suficiente para que tu padre cumpla con sus compromisos.
- Que son...? Y, con quien? Necesito saber eso – rogó.
- Es mejor que no sepas, salvo una cosa. Que aquí es donde estás mas segura.

Lamprini sintió una especie de náusea y estaba a punto de derrumbarse.

- Acompáñala a su cuarto – ordenó Gourtakas al joven - y vuelve enseguida, eh??
- Vamos, amiga – dijo éste a la muchacha sosteniendo su brazo. En el dormitorio depositó el cuerpo de la joven sobre la cama y lo cubrió con una manta hasta el cuello.
- Ves esa ventana? - dijo señalando por encima de ella hacia una cortina. - Por ahí entra algo

de luz, así que no estarás completamente a oscuras. Y, mira, este juguete emite un sonido. Si necesitas algo, lo haces girar así, y yo lo oiré y vendré. Salvo, claro, que prefieras que venga el señor Marinos o tu padre.

- No... él no... mejor que seas tú – murmuró Lamprini con los ojos semicerrados. - Mejor que seas tú.
- De acuerdo. Voy a buscar un paño tibio para ponerlo en tu frente.

Lamprini hizo una mueca de incomodidad, pero que también indicaba asentimiento.

Cuando regresó, ella se había dormido.

- Lamento que estés pasando por esto – le dijo creyendo que ella no le oía, y añadió – pero me alegro de haberte conocido.

Despertó en mitad de la noche. Buscó un reloj en el cuarto mas no lo había. Mirando a través de la ventana, hacia la oscuridad del campo, interrumpida por algunas luces lejanas, se imaginó que debían ser entre las dos y las tres de la mañana. Estaría alguien despierto? Volvieron a su mente las palabras de Zisis: “Yo vendré”. Pero, podía confiar en él? Mejor no darle demasiada entrada en el comienzo.

Iba a ponerse los zapatos pero encontró debajo de la cama unas sandalias que parecían hechas con tapiz de alfombra. Unas monstruosidades de estilo otomano con ribetes dorados y verdes.

Al abrir la puerta, caminando de puntillas, encontró todo oscuro, salvo una tenue luz que provenía del fondo del pasillo, desde arriba al final de la escalera. Asomándose a mirar, vio en el entrepiso, como en una oficina, un escritorio apoyado contra la pared, algunos libros en un estante que colgaba mas arriba y en medio un enorme radiotransmisor, antiguo, con paneles metálicos e indicadores con agujas. Había un micrófono puesto en su soporte sobre la mesa, y un cable flexible, como el de los teléfonos, salía desde atrás del aparato y terminaba en los audífonos de aluminio y cuero que Marinos Gourtakas tenía puestos en la cabeza. Este escuchaba lo que fuera que se estuviera diciendo, en las voces entrecortadas que reproducía el auricular, con expresión seria pero de cansancio. Tenía en su mano una barra de cereal y junto a su brazo izquierdo un termo, de cuya tapa bebía sorbos de café.

Hizo una seña a Lamprini, que estaba semiescondida en los últimos escalones, para que se acercara. Había otra silla unos metros más allá del otro lado del aparato pero ella se puso de pie junto a él.

Marinos Gourtakas agitaba la mano como si dijera a la persona que estaba hablando: “Apresúrate y ve al grano”.

- Cómo te sientes? - le preguntó sin mirarla.
- Mas o menos... algo mareada – respondió Lamprini.
- Es lógico... te han hecho pasar por tanto, en tan poco tiempo... todo de repente, cayendo sobre ti. Lo que me sorprende, aunque no debería, es que no hayas tenido una reacción mas violenta. A decir verdad, yo te habría apoyado en ello.

Ella le observó durante un instante mientras él escribía en una libreta, una serie de palabras sin demasiada coherencia. Luego Marinos posó sus ojos sobre ella esperando su respuesta.

- Como usted dijo, no tienen la culpa ustedes. Ni su hija tampoco...
- Mi Nali... tiene un afán por meterse en problemas. Como si el sentido de su vida fuera justamente arriesgarla, en pos de... de qué? Eso nunca lo he entendido. Qué es lo que quiere?
- Ni se lo ha preguntado?
- Me diría... bueno, ya me ha dicho, que no entiendo nada. Que no perderá el tiempo conmigo. Eso me ha dado a entender un par de veces en nuestras discusiones. Yo, por un lado ya estoy cansado de pelear, y por el otro, he tenido que aprender a confiar en ella.

Siguió otro período de escucha y escritura.

- Lección de radioescucha número 1. Hay dos maneras de obtener información: la primera, es oír a los más escuetos, los que hablan a medias, como si estuvieran amenazados, y tratar de reponer lo que falta. La segunda es oír a los parlanchines y separar la carne de la grasa, es decir, lo realmente importante de las divagaciones.
- Qué queremos saber? - preguntó Lamprini y Gourtakas le miró de reojo mientras se arreglaba el cuello de su camisa.
- Esa es la pregunta, la mas importante. Bueno, ya has entendido que estamos en un período de... reorganización, por así decirlo. Un corte de energía o de señal de transmisión, que no se corrige completamente sino después de un período de tiempo. Qué puede suceder en el medio? Muchas cosas, dependiendo de quién esté a cargo y de sus decisiones.

A Lamprini se le reveló la pregunta como un rayo en medio de la negra noche, como en la apertura de la serie del Zorro:

- Están robando información?

Gourtakas por su parte no se inmutó. Acaso esperaba que ella llegara eventualmente a esa conclusión.

- Bueno, robar... lo que se dice robar... para llamarlo así habría que preguntarse, a quién pertenece? Y qué es lo que ellos hacen... con lo que saben? Además de que... no sería

hermoso hacerles dudar de su supuesto control total, hacerlos sentir un poco menos... todopoderosos?

Ella estaba mirando en otra dirección, y Marinos sabía qué era lo que buscaba.

- La tortuga está en el dormitorio de Zisis. Y él, bueno, tuvo un altercado con tu padre... justamente por causa del animal. No terminó nada bien. Pero ahora está descansando, y el otro ha desaparecido, como siempre. Esa es su vida, ir y volver... cuando ya nadie lo espera.

Luego de unos segundos más de atenta escucha, añadió:

- Parecería que Nali fuera hija de él, y tú mas bien una Gourtaka. Pero, no la cambiaría, con todo respeto. Preferiría adoptarte y tener dos.
- No quisiera ser su hermana y encontrarme frente a ella en un mal día – dijo Lamprini. Marinos Gourtakas sacudió la mano como si hubiese tocado algo caliente, dando a entender que eso sería poner en peligro su vida.

Puso el auricular en su sitio, en un gancho adosado al costado del receptor, y se restregó la cabeza con la mano derecha, mientras la izquierda cerraba el cuadernillo.

- Como hija adoptiva mía que eres mientras estés bajo este techo, te diría que vayas a dormir. No te preocupes por nada. Ni siquiera por la escuela, a la que me imagino que no extrañas y que será el menor de los problemas ahora, pues deben estar todas cerradas. Si quieres algo de comer, lo que sobró está en el refrigerador, y sino, eres libre de prepararte lo que se te antoje.
- En realidad sí, me despertó más que nada el hambre – admitió Lamprini – pero no quiero hacer ruido, pues Zisis estará durmiendo.
- Ah, el cuando duerme, sí que duerme – dijo Gourtakas entre burlesco y enojado -. Plena inconsciencia. Pero también hay que entenderlo... la vida al volante es desgastante. Y el ha tenido que vivirlo desde siempre. Bueno... buen provecho! Yo me iré a descansar.

Antes de bajar, Lamprini se dio vuelta y preguntó:

- Alguna vez se hospeda alguien más aquí?
- A veces – dijo Gourtakas como si no quisiera responder. - Solía ser un hotel normal, de turistas o vendedores viajantes. Ahora solo ciertas personas, que reservan de antemano. Pero pagan tan bien que se puede vivir solo de eso. Lo malo... es que uno queda comprometido, y no puede recibir a nadie más. Pero no vamos a quedar en bancarrota ni nada de eso. Ellos se aseguran de que no ocurra.

Lamprini asintió con mirada comprensiva. La vida de los Gourtakas, obligados a cumplir con la voluntad ajena y a guardar silencio sobre ello, parecía bastante complicada y triste, y se notaba en el espíritu del posadero una cierta resignación a su destino, mas no total. Algún día también lo encontrarían con los cables cruzados, y entonces se vería, quién es Marinos Gourtakas.

No durmió mas de tres horas. La despertó el sonido de las aspas de un vehículo que se aproximaba al hostal hasta posarse en algún punto cercano. Los cristales de las ventanas temblaban azotados por el viento y por el sacudón que la aeronave propinaba al suelo. Aún no había amanecido.

Lamprini se había dormido después de leer las primeras páginas de una novela gráfica que encontró sobre la mesa de noche. “Botas bien atadas” se llamaba, y narraba desde el punto de vista de los pobladores de una aldea en un país de América Central, las consecuencias cada vez mas visibles des un alzamiento militar, que terminaban por alcanzar aquel remoto paraje, personificadas en los uniformes de guerrilleros y en un Jeep antiguo que llegaba al poblado en busca de manos hábiles que pudieran repararlo. Sin mas paga para los improvisados mecánicos que la conservación de sus vidas.

Soñó con algo muy distinto. Veía a Filipos frente al altar de una Iglesia, pero en el sanctorum no habían íconos. En lugar de estos las imágenes eran de paisajes, pintados con una técnica que dotaba a su profundidad de un realismo sobrecogedor. Invitaba a poner la mano sobre la madera y comprobar si esta se hundiría hacia dentro del cuadro. Su hermano, posiblemente por su infantil perspectiva, no parecía sorprendido ante ello. Mas preocupado estaba de hallar un sitio donde sentarse.

Poniéndose un abrigo largo sobre el pijama, se asomó a la puerta espiando por un espacio de unos cinco centímetros, para ver sin ser vista, en el momento en que Zisis, sin mucho ánimo, socorría al padre de Lamprini, el cual con heridas en la cara y la ropa cubierta de polvo cruzaba a los tumbos el corredor de entrada. Detrás de él un hombre de traje color gris oscuro, con un pequeño bigote en el rostro pálido e hinchado, y la cabeza cubierta por un sombrero estilo panamá, avanzaba impaciente con las manos en los bolsillos. Otro sujeto de ojos azules y la mandíbula algo deformada sostenía la puerta para que pasara su jefe.

La voz de Marinos Gourtakas se oía desde arriba, saludando al recién llegado:

- Señor Thistikas, bienvenido a esta, su casa de siempre. Pase por favor, y póngase cómodo.
- Lo menos que estoy es cómodo, Marinos – respondió el aludido con familiaridad pero también con aire de grandeza. El tono con el que el amigo que ha hecho fortuna en el extranjero saluda a sus ex compañeros de escuela al encontrarse de vuelta en su pueblo natal. - Adonde está la muchacha?

Lamprini iba a cerrar la puerta y acostarse para fingir que dormía en caso de ser llamada, pero su curiosidad por conocer el motivo por el que era requerida era mas grande. De todas maneras, Gourtakas respondió lo que ella hubiera deseado.

- Debe estar durmiendo aún. No sé si será preciso despertarla ahora.

Xaromenos Thistikas se revisó los bolsillos buscando el portacigarros.

- Vea usted si duerme. Y prepare mi dormitorio también. Usted – dijo señalando a Zisis con el encendedor de plata que extrajo de un bolsillo – prepare café y huevos revueltos, sin sal. Gogo, trajiste el pan?
- Sí señor – dijo con voz gutural aquel nombrado como Gogo, un tipo de unos cuarenta años, con los ojos hundidos y enmarcados por gruesas cejas, que vestía una camisa de seda y un suéter de lana de color morado. Los pantalones de corderoy y los zapatos desgastados le daban el aspecto de un granjero o pastor que había sido secuestrado de su hacienda campestre. Provenía del interior de Tesalia y vestía así porque le gustaba, en contraposición al mandato de su jefe que prefería ver a sus hombres con ropa elegante, que demostrara lo bien pagados y alimentados que estaban en atención a su fidelidad. Como dato adicional, el pan de marras estaba hecho por la madre de Gogo, una viuda de la tercera edad que trabajaba también para Thistikas, como cocinera y lavandera.
- Déjalo que camine solo – ordenó el recien llegado a Zisis, pero éste fingió no oírle y depositó al padre de Lamprini en una silla, extendiéndole un pañuelo con el que pudiera limpiarse la sangre y la suciedad de la cara. Su hija no vio esto, pues se había vuelto a acostar, esperando la llamada de Marinos Gourtakas, quien se demoró unos instantes en aparecer en el dormitorio de Nali.

  Gourtakas se inclinó frente al rostro de Lamprini, que estaba vuelto hacia el lado opuesto a la ventana. Ella abrió los ojos y él le hizo un gesto que pedía discreción.
- Ese hombre es el dueño de la empresa que provee la infraestructura tecnológica del Gobierno. Un ingeniero educado en Estados Unidos con contactos en las altas esferas, allá y aquí. Tu padre ha sido tan estúpido como para intentar chantajearlo. Y ha hecho empeorar lo que ya era complicado. Lo siento, hija, pero tendrás que levantarte. Han venido a buscarte.

  A estas alturas ya no debía sorprenderle nada, pero aún así se sentía, si cabe, más decepcionada de su progenitor. Realmente hubiera deseado ser hija de alguien como Marinos Gourtakas, y no se hubiera apartado de su lado como lo había hecho Annalisa. En un perverso juego de espejos veía las realidades de dos figuras paternas y sus hijas, disociados unos de otras por razones opuestas. En el hostelero veía al padre preocupado y amoroso que hubiera deseado tener, sufriendo en su interior por la ausencia de su niña. Se dijo a sí misma que si en algo ayudaba su cooperación a aliviar los problemas de este buen hombre, de buena gana debería acceder. Incluso se dejó asistir en el proceso de vestido. Marinos Gourtakas se dio la vuelta mientras ella se quitaba el pijama y se colocaba una camisa leñadora y pantalones anchos, tomando ademas de la mesilla broches para el cabello.

– Voy a prepararte un tazón de cereal con frutas. Te parece? - dijo el hostelero poniendo la mano en la cabeza de Lamprini. Esta asintió mientras se frotaba los carrillos con los puños.

Otra entrevista con otro personaje. Cualquier otra muchacha empezaría a sentirse importante. Pero Lamprini solo deseaba que todo terminara. Su padre no estaba presente. Incapaz de mantenerse en pie, se había retirado a su dormitorio. El magnate no permitió que nadie lo asistiera, aunque tampoco ni Zisis ni su esbirro, el tal Gogo, deseaban hacerlo.

– Así que tú eres... Lamprini – dijo Xaromenos Thistikas limpiándose los restos de migas de pan de los labios con los dedos. - Qué sabes hacer? Me han dicho que eres hábil, que harías una buena electricista. Y me imagino que bastante más. O exagera tu padre, como en todo lo que dice.

A pesar de la acritud de sus palabras, a Lamprini este sujeto no le producía una mala impresión. Era como conocer a un pariente lejano, que como la niña que aún era la examinaba de arriba abajo y formulaba la clásica pregunta: “Cómo te va en el colegio?”

– Sé armar circuitos, conozco los materiales conductores y sus diferentes usos... podría reparar un aparato de radio o un lavarropas... quizás un televisor, pues aún no lo he intentado. Y, para ser honesta, también podría montar una... una bomba, pero no tengo porqué hacerlo.

– Aún – bromeó Thistikas, mirando a Gogo, quien con una mano en su asimétrica barbilla ponderaba las aptitudes de la joven. Lamprini temblaba ligeramente pero mas bien por el frío que por temor a estos hombres. En parte la presencia de Marinos Gourtakas y de Zisis le brindaba seguridad, pero tampoco creía tener nada que temer del caballero que con ambas manos puso sobre la mesa una caja de latón con doble asa. Al abrirla la puso de frente a la muchacha, quien pudo ver un dispositivo electrónico de material plástico color café y ambar. Parecía una calculadora o un sintetizador. En la parte superior tenía una pequeña pantalla, en la que se podría pensar que se verían números, y tres hileras de botones cuadrados en el centro estaban flanqueados por dos mas largos en los extremos.

– Esta belleza es el Bro-Don. Qué es lo que hace? No se si querrías saberlo. Te mostraría como funciona, pero para encenderlo necesito un anexo que va aquí – indicó señalando un orificio en el que se acoplaba el citado auxiliar. - Como una llave. Cómo es esa llave? El único indicio que tengo es este – añadió sacando de su cigarrera una diminuta placa de metal que había pasado por el fuego, y en la que, habiéndola limpiado, se veían los rastros de soldadura de estaño. - La siguiente pregunta y la más importante es: puedes construir algo que no has visto nunca, en base a esto?

– Yo debo preguntarle, señor – dijo Lamprini – pues no lo entiendo, sinceramente. Porqué

debería hacerlo yo, que soy apenas una estudiante, y no alguien mas cualificado? Realmente no puede conseguir, no se, a algún especialista? Esto es lo que no comprendo. Porqué dependen de mí habiendo personas mas preparadas e inteligentes, o al menos con mas experiencia.

Thistikas sonreía como quien recibe una bofetada pero procura no ofenderse, pensando en la forma de vengarse de la afrenta. Gourtakas, serio y callado, puso en las manos de Lamprini el prometido desayuno. Zisis había traído a Gubbia, con la intención de demostrarle que estaba en buenas condiciones.

- No quisiera decirlo así, pero si lo preguntas... Es posible, sí, y lo hemos considerado e intentado. Pero, nadie quiere comprometerse. Porque lo que esto representa... es demasiado grande para que quien lo vea se quede callado. Yo confiaría en tu discreción tanto como en tus capacidades, incluso si eres apenas una adolescente. Al menos guardarás silencio sobre lo que ves y oyes... y de no ser así, por más que me disguste hablar de ello, tu desaparición sería menos notoria que la de un académico o un oficial del Ejército. Podríamos pretender que no ocurrió nada.

  Lamprini se advirtió a sí misma, en su pensamiento: “Está intentando asustarte. No cedas”.

- Y qué obtengo yo por... prestar ayuda? - dijo en tono irónico, dando a entender que comprendía que estaba siendo obligada, desde el principio, a involucrarse contra su voluntad.

- En principio, lo que quieras – respondió Thistikas luego de un breve carraspeo – pero eso depende del resultado, y no solo el de tu trabajo. Solo podría hacer promesas en la medida en que tengamos éxito, y con esto me refiero a nosotros, los que estamos poniendo el pellejo por la causa.

  Lamprini no acertaría a suponer de qué causa se trataba pero... por otro lado, mientras menos supiera podía estar mas tranquila. Cierto era que nadie mas se hubiera comprometido de buena gana en aquella especie de revuelta, de un alzamiento llevado a cabo con cables y electrodos antes que con balas y fusiles.

  Por un momento se cruzó en su cabeza la imagen de Nali. Extraño sentimiento; se veía inclinada a pedir clemencia por una persona casi desconocida antes que para sí misma. Incluso, podía ser este el comienzo de una relación colaborativa con estos individuos. Si en la mente de Lamprini existía algo parecido a la ambición, comenzaba a florecer ahora.

- Y los materiales? - preguntó adoptando el tono de alguien que tiene algo que aportar a la mesa de negociación. A Thistikas le estaba agradando cada vez mas aquella jovencita con una seguridad casi agresiva. Era lo que esperaba encontrar. Increíble que fuera fruto del pusilánime de su padre... pero por lo que sabía también vivía lejos de él. Tenía sentido.

– Gogo... trae la chatarra. Lo siento si no puedo, en estas circunstancias, llevarte a nuestro laboratorio. Sería acusarnos a nosotros mismos. Pero he traído lo que creo que puede servirte. Marinos tiene algunas herramientas... además, mientras tú, por supuesto en silencio y discretamente, trabajas, los adultos tenemos que hablar.

Gogo reapareció trayendo una caja de madera con las esquinas reforzadas con zinc.

– Yo la llevo - se ofreció Zisis. Lamprini se sonrojó pensando que buscaba la oportunidad para estar cerca de ella.

– Muy bien, ya que tú conoces esta casa mejor que yo. - miró su reloj y anunció – en dos horas llegarán nuestros invitados. Muchacho, quiero que prepares algo para que la señorita pueda comer y beber mientras trabaja. Y tú, por nada del mundo salgas de la habitación. Nadie debe saber que estás aquí, entendido?

Lamprini se dirigió hacia el asiento de quien le hablaba, y Gogo a su vez avanzó en la misma dirección para obstruirle el paso. Thistikas lo tranquilizó con un gesto de la mano.

Ella se acercó al oído de éste mientras ponía las manos sobre la doble carga, del dispositivo electrónico y los elementos con los que debía construir la llave. Le susurró al oído:

– Lo que yo quiera.

Y luego de un breve instante en el que ambos se miraron con fiereza a los ojos, se retiró, traspasando el peso de los elementos a su nuevo carcelero. “Que sirva al menos para esto”, pensó Lamprini disculpándose luego en silencio con él por el trato que le daba. Zisis estaba tan embelesado por la gracia femenina presente a su lado mientras subían las escaleras que no se hubiera dado cuenta.

Para llegar al estudio de trabajo de Marinos, que tal como se le había prometido a Lamprini estaba bien provisto no solo de herramientas sino de artículos de decoración, algunos antiguos, otros exóticos, había que pasar por la “estación de escucha” en la que ella había estado la noche recién pasada.

– Estos son obsequios de huéspedes – dijo Zisis. - Yo aún no estaba aquí cuando esto era un hotel, ya sabes, uno normal, para el público. Pero sí lo sé por lo que me ha dicho Marinos.

Lamprini respondió a su explicación con una media sonrisa, mientras depositaba los trastos sobre una mesa colocada contra la esquina que formaban dos estantes. Le gustó la silla de brazos forrados en cuerina y rellenos al igual que el respaldo con espuma de goma. También la lámpara colgante, cuyo cable inserto en un tubo flexible de plástico color marfil se perdía detrás de una colección de libros en la parte alta del mueble. Eran los tomos de “Las Doce Campanadas”, la suma de las obras teológicas de un monje francés del siglo XVI.

– Pensaba hacer una sopa de lentejas, porque es lo que tengo ganas de comer hoy – dijo Zisis. Veía a Lamprini acercándose con una intención muy poco clara, y le sudaba la base del

cuello. Había descartado de plano la idea de aprovechar la soledad y el encierro para confesar sus sentimientos, temiendo que ella lo golpeara o gritara pidiendo auxilio. Y ahora era ella la que parecía tomar la iniciativa.

- Te puedo hacer unas preguntas? - dijo Lamprini con una voz que intentaba ser suave, delicada, seductora, según lo que había visto en las películas. No había hecho nunca nada parecido y no sabía bien como manejar esta situación. Estaba segura de lo que quería conseguir, pero el método, por lo arriesgado, le causaba temor a ella misma. Sentía como si empuñase un arma que podía serle arrebatada y vuelta contra ella en cualquier minuto.

- Yo te preguntaría primero – respondió Zisis – si estás segura de lo que quieres saber.

- Es un juego peligroso este, verdad? Hay algo... interesante en ello – comentó Lamprini. Se había mordido el labio y le había dolido, y a juzgar por la cara de su interlocutor, poco le había afectado el cambio de actitud. “No era lo que estabas esperando, zopenco?” le espetó telepáticamente. Si lo esperaba, sabía como defenderse, aún mejor que ella.

- Está muy lejos de ser un juego, pero claro, si tú lo dices... en fin, cuál es tu pregunta?

El solo había apagado la llama. Mas valía entonces dejar de fingir.

- Quiénes son los que vienen a reunirse con este señor...

- Thistikas? Las otras partes interesadas.

- En la información robada?

- Si, o más bien... bueno, es difícil de explicar.

“Más que ésto? Más que qué es lo que estoy haciendo aquí?”, pensó Lamprini, y esta vez sí sus ojos transmitían el cansancio y la rabia de una persona abrumada por un problema ajeno.

- Yo te recomiendo que hagas solo lo que te piden, si puedes. Todo lo demás estará bien.

- Eso haces tú? - dijo entonces Lamprini herida por aquellas palabras. De eso estaba cansada ya, de que se le exigiera sumisión y silencio. - Haces solo lo que te piden y listo? No tienes voluntad propia, nada de... hombría? Que eres, un esclavo, un eunuco, un títere, un...?

Se había acercado mucho, y él, cegado por los nervios, la había besado. En otro momento ella habría admitido que la sensación que experimentaba era placentera. Pero no ahora.

- Qué haces, infeliz? Quién te dijo que podías ponerme un dedo encima, cerdo?

Muy a su pesar no podía detener el torrente de insultos que estaba profiriendo. Y en parte era consciente de que estaba alejándose de la oportunidad de saber más acerca de los eventos que se estaban desarrollando a su alrededor.

Zisis solo se dio la vuelta y con paso apresurado bajó al piso inferior. Lamprini se echó a llorar, apoyada sobre un estante. Al subir la mirada con los ojos húmedos vio en el fondo del mismo una telaraña y a su creadora moviéndose, caminando con sus delgadas patas sobre los volúmenes empolvados. La joven no vio mas remedio que ponerse a trabajar.

En el taller había también un reproductor de cassettes, y junto a él una caja con cintas de distintos artistas. Eligió a una banda llamada Souled Out. La vibrante pero plácida voz femenina le ayudó a concentrarse,eligiendo en primer lugar la placa base mas apropiada , la que tuvo que recortar con un alicate. Necesitaba un conductor que hiciera contacto con la entrada del aparato. Hubiera utilizado simplemente unos cables para inducir la corriente si no fuera porque el dispositivo era un ejemplar único y valioso, no una tostadora ni una videocasetera de las que manipulaba libremente en su casa.

"Deben tenerme mucha fe o estar muy desesperados", pensó mientras fundía el estaño sobre la placa y colocaba una resistencia. "Si esto, por un milagro, me resulta, me pedirán ya otra cosa, y si no, me echarán la culpa de todo".

Extrañaba a Gubbia, y se preguntaba qué sentiría al verse desplazada de un lado a otro sin previo aviso, y alimentada cada día por manos distintas, extrañas.

"Menos mal que aquí tienen comida, sino, la pobre tortuga terminaría en una cacerola".

Con respecto a ella misma, no quería ni pensar en lo que sería de ella si fracasaba. No podía permitírselo. "Ojalá se mataran entre ellos y dejaran en paz a los demás. Porqué tienen que arrastrar al resto del mundo en sus idioteces?"

Alguien había golpeado en la puerta, pero no le oyó la primera vez. Nuevamente llamaron, y Lamprini escondió la cabeza detrás de una caja, para evitar la mirada de Zisis. No era éste el que entraba, sino su padre. Por un instante se sintió conmovida por la visión de su rostro magullado, aunque las cicatrices se estaban borrando, y por el paso incierto, debido a las contusiones que una fenomenal paliza habían provocado en sus piernas. Llevaba este en la mano una bandeja con dos platos humeantes. No eran lentejas; era un guisado de carne de pollo con verduras.

- Como vas? - le preguntó su padre, y ella le mostró en la palma de la mano la placa, que él con cuidado de no derramar los vasos de jugo de naranja que acompañaban al almuerzo, se acercó lo más que pudo para examinarlas. - Muy buen trabajo – musitó con orgullo.
- Tiene que serlo, o no saldré de aquí con vida, verdad? Considerando, bueno, lo que te pasó a ti...
- Yo me hice esto – admitió él con vergüenza mientras dejaba la bandeja en un espacio libre de una estantería. Lamprini le señaló una silla ocupada con libros que estaba frente a ella.
- Es la primera vez? O te has salvado de la muerte otras veces?
- En general, sí, tiendo a ser disciplinado – dijo. - Pero ya me cansé. No veo que vaya a obtener nada de lo que esperaba. Quizás sí, un apretón de manos, unas palabras de felicitación, pero más que eso...

– Y qué esperabas? Una mansión en la playa? - comentó Lamprini apenas quitando la vista de su obra de arte.
– Un ascenso, por decirlo así. Pero siendo apenas un soldado...
– Entonces no cambia nada. Y todo esto no tiene sentido.
– Tú no lo puedes ver...

Disgustada, Lamprini apuntó a su padre con la soldadora y luego a su alrededor.

– Claro que no – rugió en voz queda – si estoy encerrada aquí y solo paso de cuarto en cuarto. Deberías haberme dejado fuera de, de lo que sea que estén tramando, tú y tus jefes. Mírame. Qué tengo yo que ver con esto? Y tu viniste aquí a asegurarte de que te salve el pellejo? Sigues temiendo por tu vida, y por eso estás jugando ahora al buen padre?

  Este iba a responder pero ella le detuvo llevándose el dedo a los labios, mientras se levantaba para recoger el plato de comida. Oyó el sonido de la puerta abriéndose y la voz de Thistikas que decía:

– Aún puedes servirme de algo tú.

  El maltrecho rostro del aludido se contrajo, y los miembros que habían comenzado a relajarse se separaron con casi nula voluntad del asiento.

– Déjaselo a ella. Lo necesita y además, se lo merece. Buena niña, Lamprini. Seguro son los genes de tu madre. - ordenó el caballero mirándola con discreta simpatía.
– Quiere ver lo hecho hasta ahora? - dijo la joven, extendiendo la mano hacia él, con la palma conteniendo la llave a medio construir. Thistikas se calzó un par de lentes circulares con montura de plata.
– Excelente. Esperemos que funcione. Confío en ti... y quiero que sepas que mantengo mi parte del trato, hasta donde me sea posible. Si hay algo que no soy, es ingrato. Y menos con alguien en quien se encuentran talento y honestidad. - Y dirigiéndose al padre le espetó:
– Deberías tú seguir el ejemplo de tu hija.

  Este no se atrevía a pronunciar una palabra para no empeorar su propia situación. Viendo a su hija formar una alianza con uno de los cabecillas de la organización que le empleaba era una bofetada moral tan dura como los golpes físicos que había recibido el día anterior. Inesperado como era, también era peligroso para él. Solo podía esperar, desear que prevaleciera la bondad en el ánimo de Lamprini y no utilizara esta influencia creciente en Thistikas para perjudicarle a él, para castigarlo por su pésimo desempeño paternal.

  Antes de que cerrara la puerta, Lamprini preguntó:

– Tiene usted hijos, señor?

  Thistikas, tras esbozar una sonrisa en la que enseñaba plenamente los dientes, respondio:

- Tengo un varón, mas o menos de tu edad. Si quieres conocerlo, solo dímelo.

  Lamprini se echó a la boca una cucharada de la comida aún tibia, imaginándose al joven Thistikas.

La pantalla se tornó de un color verde agua y el logotipo que también se dibujaba en relieve en la parte posterior del aparato, casi invisible al lado de la rejilla de ventilación, apareció en el centro. Un compás apoyado sobre un disco plano formado por anillos concéntricos.

Bro – Don

Modelo 6Av

Uso civil

Y a continuación tras pulsar como indicaba el mensaje en la parte inferior “cualquier tecla” dos opciones a elegir:

- *Mostrar informe anterior*
- *Generar nuevo informe*

Lamprini no lo pensó dos veces y, guiada por los botones que servían a tal efecto (los que hubo de buscar entre toda la botonera, con los dedos sudorosos) eligió la primera opción.

Una lista de “toponimos” correspondientes a “bloques” en los que, a juzgar por lo que sabía, el sistema dividía al país, apareció en linea vertical. Era un código algo obvio para el que tuviera un nivel decente de cultura general, pues cada región estaba identificada con el nombre de un río, laguna o montaña sita en aquellos lares. Lamprini los leyó desde el primero al último, dos veces, junto con las combinaciones de números, en tres pares de dos dígitos cada uno, que aparecían a la derecha del topónimo de marras (dos de los botones servían para extender los márgenes de la pantalla hacia la derecha y visibilizar la última de las cifras). Buscó papel y lápiz y comenzó a anotarlos.

Oía muy distantes y muy de vez en cuando las voces de los comensales en el piso de abajo. Suponía que debían ser alrededor de diez. Suspiraba con una mezcla de compasión y resentimiento pensando en el próximo futuro destino de su padre. Luego guardó la hoja de papel, doblada en cuatro partes, entre sus pertenencias. Ahora podría descansar un momento antes de someterse al examen de Thistikas, quien debía estar bastante ocupado en aquella conferencia. Con la mente despejada y el ánimo mas sereno se preguntaba ahora acerca de los alcances de lo que se estaría tratando en la sala

de visitantes del otrora hotel. Y en cómo afectaría lo que allí se negociase, al país que ignorante de la manipulación a la que estaba siendo sometido, intentaba reencauzar su vida diaria.

Tuvo la impresión de que debería realizar una copia adicional de la "llave" que había forjado, ahora que sabía como hacerlo. Por supuesto, entregaría las dos a sus anfitriones, y que ellos decidieran como proceder. En primer lugar, probó con desconectar y volver a enchufar la que existía. Por lo menos lo que deseaban saber ya estaba registrado en el papel. Era un avance, aún si fuera la única vez que el aparato funcionara. Con delicadeza retiró el pequeño dispositivo dejando que se apagara la pantalla. Volvió a colocarlo, y el verde resplandor brilló con renovada potencia. Una vez mas aparecieron las dos opciones. "Mostrar informe anterior". De acuerdo. Exactamente el mismo. Lamprini ya conocía las cifras.

- Eso sería todo – se dijo a sí misma. Para qué iban a utilizar aquel aparato, ya no le importaba. Su deseo era volver a su casa, con su madre y hermanos, y a sus propios trastos, con los que podía trabajar sin presión. De hecho, bien podría dejarlo todo y dedicarse a hacer collares de cuentas u otra cosa parecida, como lo hacían las jovencitas de su edad. Y darle la oportunidad a un chico, alguien atractivo como Zisis pero... algo más inteligente.

Reclinándose sobre la mesa, cerró los ojos y pronto se quedó dormida. En su sopor, aún escuchaba el murmullo de las voces que provenían del piso de abajo. Se discutía con ardor y sin pausa.

Soñó que estaba en una fábrica, buscando su propio puesto de trabajo. De manera intuitiva, sabía que lo tenía, pero entre las máquinas y las mesas de ensamblaje, le tomaría un poco de tiempo llegar allí. Veía los rostros de sus compañeros, a los que sentía que conocía. Algunos demostraban cansancio y otros un sereno entusiasmo. Pasó por su lado una mujer que bien podía ser una secretaria, con papeles sueltos en la mano. Vio por detrás de su cabeza unos mechones rizados de un color rojizo, pálido. Decidió seguirla, y pronto encontró la ubicación que buscaba. De hecho, su nombre estaba grabado en la madera de la mesa. Ella lo había hecho, pero lo había olvidado.

Lucía todo muy ordenado, de una manera hasta impropia de ella. Las herramientas eran de formas extrañas, por lo que le sorprendió también la destreza con la que las utilizaba. Se concentró en su tarea sin prestar atención al rugido de voces a su alrededor. Otras muchachas también trabajaban con ahínco en sus propias tareas. La suya consistía en desmontar una especie de tambor, cuyos bordes estaban asegurados con tornillos. Se suponía que dentro hallaría un mecanismo que necesitaba reparación. Estaba preparada para ello, cuando al levantar la vista observó en el enorme ventanal que daba luz a la factoría la nube negra que se levantaba, aparentemente desde el suelo hacia arriba, como un vaso que se llena de oscuro líquido. A este fenómeno lo acompañaba un olor como el de plástico derretido. Miró a su alrededor y se dio cuenta que todos los demás empleados de la fábrica habían desaparecido. Le pareció ver a la mujer de cabellos color fuego atravesar una puerta ubicada al otro lado de la sala, y al levantarse Lamprini de su asiento para seguirla, sintió un

insoportable calor en los pies. Despertó en este momento de su sueño, y vio que el humo había invadido la habitación. Un incendio había comenzado en el piso de abajo y ella se encontraba atrapada en la parte superior del hostal.

Sus acciones fueron rápidas y casi inconscientes. Buscó un trapo con el que pudiera cubrir el Bro-Don, se echó las llaves al bolsillo, y tomando un cable enrollado que había visto en el suelo, salió a enfrentar la llamarada que subía por la escalera. A tientas encontró la pared del corredor y luego una ventana, la cual abrió, y haciendo un nudo en el pestillo del marco, comenzó a descender. El cable no llegaba hasta el suelo, ni tampoco era previsible que el pestillo resistiera su peso, pero mas valía intentar aquello que morir carbonizada. Asfixiada, lo estaba a medias, y la parte de su cerebro que funcionaba con mayor eficacia en aquel instante era la relativa a la preservación de la integridad física. No sufrió mas que una leve quemadura en la mano que sostenía el cable, en tanto que la otra se abrazaba con obstinación al aparato cuyo cuidado se le había confiado. Recién cuando, después de saltar al suelo desde un metro de altura y echar a correr por entre unos arbustos que marcaban el límite de la propiedad de los Gourtakas, reflexionó acerca de lo ridículo de obligarse a custodiar un dispositivo que a ella no le servía para nada.

“Voy a dejarlo donde lo puedan encontrar”, pensó. No había nadie alrededor, cosa que le pareció extraña. No podían haber huido tan rápido... Aunque contaban con una aeronave y con el camión. Y nadie había intentado salvarla, ni al dichoso aparato. Entonces, bien, no debería importarles si ella se despegaba de ellos.

Si echó una mirada a su alrededor fue para ver si Gubbia había quedado abandonada también. Zisis había prometido cuidarla, y por la información que el animal llevaba inscrita en su vientre, su vida tenía un cierto valor aún para Thistikas y para su padre. Acaso se la estuvieran ocultando aún al potentado, y fuera eso lo que éste pretendía sonsacarle al progenitor de Lamprini. Quizás esos datos eran los que intentara vender, para volver sin nada más que golpes y fracturas. No importaba ya mucho. Lo único que podía importarle a Lamprini, si es que acaso le volvía a ver, era la reacción del librero, a quien consideraba aún como amigo. Y de Nali...

Nali! Lamprini se revisó los bolsillos, y encontró la tarjeta que la hija de Marinos le entregara.

“Al derecho y al revés”, recordó. Ahora lo importante sería encontrar un teléfono. En algún lugar del poblado debía haber uno funcionando. Qué diría? Que sencillamente se había extraviado, estando de viaje? Quién le creería? Pero había que arriesgarse. Todo fuera por volver a casa...

Dejó el bulto, aún envuelto en un pedazo de tela, ahumado y sucio, sobre una piedra, y las llaves acomodadas al costado. Si alguien regresaba, alguno de los conjurados, sabría dónde hallar lo que buscaba. Y cruzando los arbustos, encontró un sendero que llevaba hacia otra casa, a unos cincuenta metros de distancia, de la que había visto salir a una mujer.